

LA CONDICIÓN CÍVICA

LA CONDICIÓN CÍVICA

Mario Ramírez



EDICIONES MEMORIA

Ramírez, Mario

La condición cívica / Mario Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Cultura Democrática, 2024.

124 p. ; 17 x 11 cm. - (Ediciones Memoria / Mario Ramírez)

ISBN 978-631-90398-3-2

1. Ensayo Literario. 2. Ensayo Político. I. Título.
CDD 323.601

Edición: Mario Ramírez

Diseño de cubierta: José Luis de Cárdenas

En cubierta: Obra “Polarización”, de Camila Ramírez Lobón, publicada en su columna Epizootia, en *Hypermedia Magazine*.

© 2024, de esta edición Asociación Civil Cultura Democrática

Esta edición es posible gracias a:



CULTURA
DEMOCRÁTICA

www.cultdemocratica.org

info@cultdemocratica.org

“Más que un estudio es un emocionario”

Un viaje a la Rusia roja

Sergio Carbó

Índice

- Los justos heredarán la tierra 9
- Nota bene 13
- La nueva era revolucionaria 15
 - La barricada de la cultura 19
 - ¡Pueblo de Cuba! 23
 - “Unanimidad, solemnidad, magnanimidad, precisión” 25
 - Heidegger... Maduro, Ortega, Díaz-Canel 28
 - El delegado 33
 - El 27 de noviembre 37
 - La condición cívica 41
 - La “paz” rusa 46
 - La panza del caimán que nos devora 50
 - Gastón Baquero: *La reacción necesaria* 53
 - Palabra del tiempo*: las siete noches de Rafael Almanza 57
 - Resurrección de Martí 62
 - El tronco de la República 65
 - Medio siglo sin Boitel 69
 - Daniel Ortega contra el idioma español 72
 - El evangelio cubano de Oswaldo Payá 76
 - Huevos*: teatro cívico 80
 - La cárcel no tendrá dominio 84

La caridad que nos falta	88
¿Quién ganó?	92
Independencia y periodismo	97
Resistencia y cultura	103
Mi patrocinador se llama José Julián	108
La gracia de los caídos	111
Martí y la muerte necesaria	114
¡Viva la República!	117
Romeo y Julieta como pretexto	120

Del autor

Los justos heredarán la tierra

Un joven de la aristocracia santiaguera, instruido en casa en el griego y el latín, inesperadamente estalla.

José María Heredia ingresa en los Rayos y Soles de Bolívar.

Un hombre casado y con descendencia, que vive en Nueva York y escribe poemas trágicos y melancólicos, ingresa clandestinamente en la Isla para una aventura de estadista, en plena guerra.

Juan Clemente Zenea es fusilado.

¿Usted aquí, Martí? Dicen que dijo un tipo que supuestamente remató al Apóstol. Es falso, pero prueba el asombro de tantos de que un poeta de las pelirrojas y las orquídeas, cuyo sitio sería el París de los impresionistas, esté reunido con negros, campesinos y militares en una guerra, organizada por él, en el fin del mundo.

Un poeta sentimental y metafísico, admirado por la república, se corta la lengua de la poesía y, comunista, enfrenta a una dictadura. Muere de tuberculosis.

Rubén Martínez Villena, nunca se acabó la dictadura, y solo tú podías darnos en la palabra ese color de la oscura región ultravioleta.

Durante doscientos años los escritores cubanos se han suicidado de esta manera.

¿Por qué un joven ingeniero graduado con honores, autor de dos poemarios brillantes, se pone a escribir un periodismo peligroso?

El escritor nunca tiene de qué vivir, el periodismo suele ser la única forma de no morir de hambre.

Pero pudiera ser un periodismo de letras y artes, antes de llegar a Berlín.

La literatura es, en sí, condición cívica.

Y si se vive en un pueblo carente de civismo, la mejor forma de defender la literatura es ejercer la condición cívica en toda la dimensión de la palabra.

El periodismo del escritor suele ser más desinteresado y profundo que el de los profesionales del género.

Emocionario, dice Mario Ramírez, evocando a un clásico nuestro desconocido.

Sí, y la emoción puede ser sabiduría.

El periodismo del escritor es literatura. Nada menos.

Convocante, movilizadora.

Y, en el mundo alfabetizado, atormentado e ignorante, la literatura y el arte tienen ahora una función cívica en incremento, si los creadores se respetan a sí mismos, dejan de emascularse y se lanzan a ser lo que saben que son, en medio de la miseria del mundo.

¿Puede estar uno completo en su ser de creador sin la menor mutilación, mixtificación o cobardía?

Sí, ¿por qué no?

En el Cielo de Júpiter, las almas se reúnen y dan un solo Grito de Justicia.

Dante nos exige ese alarido.

Aquí.

Ahora.

Lea este libro y entérese de que en Cuba los escritores seguimos sabiendo que la Tierra, por la gracia de Dios manifiesta en nuestro empeño, pertenece a la Justicia.

Rafael Almanza

20 de abril de 2023.

Nota bene

Estos artículos fueron escritos después del estallido social del 11 de julio de 2021 y pertenecen a un período de intensa actividad del periodismo independiente en Cuba. Quizás, para muchos de nosotros, la experiencia más cercana al reporterismo de guerra y la reflexión con aires de geopolítica, dentro de una nación sometida a la censura y el silencio por más de seis décadas. En todo caso, su selección responde a un tema que ha sido común denominador en mis opiniones: la suplencia que los maestros de la cultura, la política y el pensamiento cubanos se han visto obligados a ejercer, en aras de encontrar sosiego a una demanda más honda y que defino aquí como *condición cívica*. Dramaturgos convertidos en cronistas, ensayistas en analistas, políticos de vocación en activistas, artistas en artivistas, y muchos otros, merecen un espacio superior a la endeble página del diario digital. Sirva este pequeño libro, al menos, para recordarnos esa deuda, que yo he intentado saldar, como diría Lezama, en “la sucesión de las lunas” que me ha permitido mi trabajo en medios como *La Hora de Cuba* y *Árbol Invertido*.

M.R.

La nueva era revolucionaria

Escrita con injustificadas mayúsculas desde hace más de seis décadas, presentada como un fracaso en 1930, arrebatada por el Norte en 1898, colérica e irreflexiva en la fecha que recordamos hoy: 10 de octubre de 1868, para los cubanos la palabra “revolución” ha sido siempre un estigma. Una buena parte de nosotros ha mostrado un desinterés casi raigal por el fiel de la balanza que equilibra los extremos, y sólo unos pocos han entendido la entrada en una nueva era revolucionaria como una opción postrera.

Este estigma y la inevitabilidad histórica en la que por error pecamos la gran mayoría nos conduce a los siempre perniciosos polos del imán: reacción y revolución, derecha e izquierda, todo por eludir el centro al que como nación estamos destinados. Y la evidencia de ese centro es aplastante y luminosa: Varela, Agramonte, Martí... Pero vayamos al grano.

Hasta 1959, como reacción nos faltó ímpetu, como revolución nos desbordamos. No reaccionar a tiempo a los males que le iban naciendo a la joven República que construíamos, nos condujo a la revolución violenta que echó por tierra el monumento ganado primero con sangre, pero luego con trabajo, civismo y espíritu. Empezamos, una vez más, de cero. Un cero al que se sumó el cansancio

de las sucesivas revoluciones y el ímpetu —del que es glosa nuestro himno nacional— se trocó por la pasividad, la vesania y la inercia de una sociedad en ruinas.

He allí la paradoja de la revolución. “Estamos construyendo el socialismo”, se nos decía y aún hoy rumora alguna lastimera voz. Pero lo cierto es que no estábamos construyendo nada, o mejor dicho, estábamos construyendo la nada que paró en la decepción y el exilio. A diferencia de algunas campañas de la época republicana que querían barrer con lo mal hecho, el proceso del '59 quiso borrar de golpe y porrazo todo lo logrado hasta entonces, y nuestra filiación ciega a este propósito nos pasó factura demasiado pronto y por sobrados años.

Mientras la revolución de 1868 fue el parteaguas del que emergimos al fin como nación; mientras en 1898 no se perdía nada pues se ganaba la independencia y las bases que había cimentado Martí estaban intactas; mientras en el '30 no se fracasaba, sino que el país iniciaba un proceso de enriquecimiento material y cultural pasmoso, la debacle del '59 no tenía razón de ser y era por tanto evitable.

Desde entonces unos pocos hemos combatido esa revolución retórica y raquítica a riesgo de nuestras vidas y reputaciones. Al principio por la misma vía revolucionaria, sin comprender el agotamiento de esa vía y sus consecuencias nefastas, que terminaron alimentando al monstruo; más tarde por oposición a todo lo que el monstruo representaba.

Como en la Francia de finales del XVIII, rápidamente se nos colgó la etiqueta, no de reaccionarios, que era decir muy poco, sino de contrarrevolucionarios, que servía mejor a la dialéctica del odio que ha sido su sostén.

En una lectura reciente encontré esta frase del conde de Maistre, crítico de la Revolución francesa y enemigo ulterior de Napoleón: “Una contrarrevolución no es una revolución contraria, sino lo contrario de una revolución”. La sentencia es tan exacta y premonitoria de lo que siguió, con la verdadera revolución nacida de las barricadas del pueblo francés en el XIX, que dan ganas de recuperar la perdida influencia de Francia en nuestra amada isla. Hemos hecho y seguimos haciendo contrarrevolución, como la opción más digna al alcance de nuestras manos, en espera de la barricada espontánea que sacuda al terror y corone como legítimo monarca al pueblo, del que, como intuyó Martí, es hija la revolución.

El 11 de julio pasado, una barricada de una punta a otra del país despertó la conciencia nacional hacia una nueva era revolucionaria. Puede argüirse, *ad absurdum*, que se trataba de unos pocos, en contraste con los que continúan durmiendo el letargo, pero la realidad es que la revolución moral está en marcha y ni siquiera precisa del escenario de la calle para someter al verdugo. Un grupo de entusiastas se postula para repetir la hazaña en noviembre, otro grupo promueve la huelga nacio-

nal como golpe definitivo, otros, desde sus casas el 11J —y entre ellos centenares de madres y familiares de los que sí salieron y fueron reprimidos— miran con impaciencia el futuro inmediato. El régimen anuncia la militarización y aguza la guillotina esquirrada por la protesta. Saben lo que profetizaba Gastón Baquero cuando aún estábamos a tiempo: “la revolución es el verdugo que muere en manos de otro verdugo”. La opción postrera le pertenece al pueblo.

(La Hora de Cuba, 10 de octubre de 2021)

La barricada de la cultura

Imaginemos dos escenarios distintos.

En el primero, un hombre a caballo, poeta y músico, devela a sus conciudadanos el himno de combate que sería el primer símbolo auténtico de la nación cubana. La letra es sublime y premonitoria, la melodía tan culta que no sólo emula a *La Marsellesa*, sino que glosa a Mozart. La guarnición de Bayamo ha sido conquistada a los españoles por el violinista Carlos Manuel de Céspedes, y a Pedro Figueredo le arrebatan de las manos el himno subversivo que ha estado, como la revolución, en las cabezas de los cultos bayameses durante más de un año. Más tarde se sublevará el bachiller en artes Ignacio Agramonte y llevará consigo a la soprano Amalia Simoni; el poeta Juan Clemente Zenea perderá la vida intentando salvar la dignidad de la patria y el escritor más completo de la lengua, José Martí, abrirá un nuevo y definitivo capítulo en las luchas por la independencia de la isla. La cultura ha guiado sabiamente al pueblo hacia la barricada.

Casi siglo y medio después, dos hombres, también a caballo, vestidos de gendarmes, interrogan a los atónitos visitantes de una galería de arte. Se ejecuta la performance *El susurro de Tatlin*, de una artista cubana a la que pocos conocen, de momento, en Cuba. Su nombre es Tania Bruguera y

unos años más tarde se le ha ocurrido cambiar los policías por un micrófono y parlantes en la Plaza de la Revolución, en La Habana, para que todo el que lo desee se exprese en libertad. Desde luego, la artista, o, como pasará a definirse, activista, será detenida por policías de verdad, por defender la verdad en un *environment* de miedo y represión no muy distinto del que enfrentaron los ilustres del XIX. La barricada volvía a perfilarse.

El Instituto de Artivismo Hannah Arendt (INSTAR) se inauguró en 2016 con una lectura colectiva del libro de Arendt *Los orígenes del totalitarismo*, pero ya entonces los orígenes del totalitarismo que nos tocó padecer eran conocidos y combatidos desde el ámbito de la cultura por decenas de escritores y artistas en la isla y el exilio. Quienes oyeron susurrar a Tania a comienzos del nuevo siglo no pudieron permanecer impertérritos ante lo que la performer proponía y evidenciaba como nadie: el arte es útil y el artista debe seguir una conducta frente a la sociedad. Un joven cuestionador de todo lo oficialmente establecido, Hamlet Lavastida, y un mulato al que las instituciones cerraron sus puertas con enojo, Luis Manuel Otero Alcántara, convirtieron el susurro en grito y la conducta en cívica de poderoso arraigo popular. A unas cuadras de INSTAR, la barricada fue por una vez real y se llamó San Isidro.

Cuando la barricada —recordemos que Delacroix llamó así originalmente a *La libertad guian-*

do al pueblo— alcanzó a los cientos de personas frente al Ministerio de Cultura, los ecos del XIX resurgían: los artistas parecían una vez más destinados a inmolar sus sueños en aras del despertar de la nación.

“¿Qué hace un dramaturgo talentoso como Yunior García Aguilera preocupado por la democracia en Cuba?”, preguntó recientemente un programa de la televisión cubana destinado a desacreditar a los principales actores de la cultura independiente. El propio espacio había comparado la marcha que promueve Yunior con las acciones de la Revolución de Terciopelo que pusieron fin al régimen comunista en la Praga de 1989. ¿Qué hace Yunior, pues? Lo mismo que el dramaturgo checo Václav Havel, lo mismo, para regresar a la isla, que el autor de *Abdala*.

Pero la barricada del 11 de julio, lo saben los gendarmes del estado policial, no fue de terciopelo. Tampoco fue el constructo de unos pocos “agentes de cambio” en la conciencia de unos muchos “confundidos”. Eso sí, fue defendida y condenada su represión por la gran mayoría de los maestros de la cultura nacional. Algunos, como el recién fallecido Adalberto Álvarez, coronaron sus vidas con esa joya de la tutela amorosa del pueblo.

Imaginemos un escenario ideal: Tania Bruguera ha declarado sin lugar *El susurro de Tatlin*, pues los policías han tomado el micrófono en la Plaza

para anunciar que se unen a la barricada. En los parlantes se escucha el Himno de Bayamo.

(La Hora de Cuba, 20 de octubre de 2021)

¡Pueblo de Cuba!

Con mucho dolor he contemplado por estos días las imágenes que muestran el odio de una parte de nuestro pueblo. Hace poco hablamos en estas páginas de la nueva era revolucionaria en la que la inevitabilidad histórica nos ha sumido, pero me sigue pasmando la celeridad con la que los odia-dores han prescindido de sus máscaras y se ofrecen a la tarea servil de defender al amo que nos oprime por igual a todos.

Digo por igual y digo poco, digo mal, pues las prebendas con las que son convocadas esas pobres gentes no sólo son volubles y costosas, sino bien dosificadas para permanecer en la miseria, para recordarles a sus secuaces, portadores de palos y fusiles para herir al prójimo, lo miserable que aun tras la recompensa seguirán siendo y que por tanto necesitarán del amo para gozar de un segundo de poder, para asumir por un segundo el papel del amo, para mancharse en lugar del amo las manos de sangre.

¿Pero acaso alguna vez no fue así? ¿No hubo el esclavo que denunció a su hermano cimarrón? ¿No hubo el guerrillero que combatió al mambí? ¿No existió el apapipio republicano que echó por tierra los planes de algún hombre bueno? ¿No fue la revolución del '59 una puñalada por la espalda a la nación? ¿No hemos vivido décadas cuidando el

tono de la voz o midiendo las palabras con las que reprochamos al sistema, por miedo a que el oído atento de cierto “compañero” nos entregue al amo, como ante Herodes la cabeza de Juan?

No diríamos ya que quien llamó apóstol a Martí, conciliador de las pasiones en un pueblo tan oprimido como este, dio en el clavo, sino que echó a la luz ese aditamento con el que fue fijada entre nosotros la cruz de los martirios. El mismo herraje con el que Eduardo Chibás tocó a la puerta de la razón popular, en su último aldabonazo. O acaso el metal desesperado de la voz de aquella alocución suicida que nos privó para siempre de José Antonio Echeverría.

¡Pueblo de Cuba! En estos momentos el dictador de turno ha invocado, por segunda vez, la violencia para reprimir las ansias de justicia de los mejores hijos de esta tierra. El dictador ha renegado, públicamente, de la fórmula del amor triunfante que predica el “con todos”, porque ha entendido, no sin terror, que somos muchos los que nunca estaremos del mismo lado que él. Pero lo peor, cubano, es que sigas renunciando al “bien de todos” para el que fuimos hechos y al que circunstancialmente llegaremos, pues es la única ley irreversible la conjunción gloriosa de esos términos: “con todos y para el bien de todos”.

(La Hora de Cuba, 26 de octubre de 2021)

“Unanimidad, solemnidad, magnanimidad, precisión”

“Ya Cuba está encendida”, escribe en letras ígneas el impetuoso artífice de la guerra de 1895. Es 26 de febrero y se dirige a sus hermanos en la isla, Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, que en dos días han sublevado al país de una punta a la otra. “Revolución en Occidente y en Oriente”, reza el cablegrama que pone sobre aviso al líder, de momento en la provincia dominicana de Montecristi.

Más de un siglo después, y tras varias décadas de padecer el totalitarismo que mantuvo en silencio a nuestro pueblo, a los lectores de aquella carta de Martí aún nos cuesta creer que otra vez Cuba haya estado encendida y la revolución —de veras, no la retórica del poder— haya prendido al unísono y de manera espontánea en todo el archipiélago. Todavía, a quien suscribe esta nota, le sorprende aquel titular que en este mismo medio firmó el pasado 11 de julio, bajo esa oración de hermoso significado que fue casi una arenga: ¡EL PUEBLO DE CUBA ESTÁ EN LAS CALLES!.

Curiosamente, haciendo lo que mejor sabemos hacer, que es nuestro periodismo libre y sincero, cumplíamos con el Apóstol, cuando en unas líneas de su misiva pedía que desde *Patria* se contara cuanto ocurría en el país en esa hora convulsa. Y es que su previsión no dejaba espacios vacíos en

el “gran trabajo” de liberar a Cuba: ya se vestía del conspirador audaz que redacta cablegramas en un inglés joyceano, indescifrable para el enemigo; ya repartía labores y dineros en manos hábiles y justas; ya dictaminaba el catecismo de la revolución, que tenía por fe la inclusión de todos los individuos y el bienestar colectivo de la patria.

Desde luego, difieren mucho el estallido de la gesta martiana, de laboriosa y larga preparación, y esta que nos tocó por suerte vivir, y que vivimos, radicalmente popular, en el sentido más exacto de la palabra. A esta de hoy, que ya ha llegado a ser, le falta esa transformación que habrá de cumplirse como ley natural y que regula el paso del movimiento cinético al dinámico. No habiendo un Martí para ajustar los vectores de fuerza, para poner las coordenadas de tiempo, modo y lugar, para instruir con el ejemplo vivo en la moral del sacrificio, hay sin embargo una masa que ha probado ser compacta en el instante imperioso.

Hay, además, jóvenes líderes para los que el Apóstol es inspiración y guía. Algunos, incluso, han seguido fielmente ese consejo suyo de mostrar “moderación en la primera victoria”, que es lo que ha sido para Cuba el 11J, y aún más, en practicar un “olvido sincero de toda provocación o diferencia”, que aparece como santo y seña en los manifiestos de la marcha cívica que convoca a los cubanos para el próximo 15 de noviembre. Hay, pues, *quorum*, para efectuar ese “¡arriba, sin cesar!”

—¿acaso a la gloria?— que profetizaba Martí en el último año de su vida.

Pero también nos urge recordar la posdata de su carta, en la que habló a los suyos de la gran tarea que tenían delante, para la que es necesario “que en todo vaya” “unanimidad, solemnidad, magnanimidad, precisión”. Estas remisiones, copiosas en la epistolografía martiana de las postrimerías, echan por tierra el mito del Martí soñador o idealista, y quien quiera sostenerlo en la actualidad debe admitir por igual que, en comparación, nosotros lo somos más.

Fíjense bien, unanimidad, no en los criterios para debatir, sino en las decisiones de la hora definitiva o en la acción encaminada hacia esa hora; solemnidad, pues la libertad de la patria es un acto grave y sagrado, y por eso mismo destinado a unos pocos, en beneficio de todos; magnanimidad, porque la elevación de nuestros ánimos en esta Cuba encendida ha de estar orientada en todo punto a la grandeza; precisión, para encauzar a los demás factores en la consecución de este alto fin. Por eso recomiendo sin dilación el estudio, más que del documento, de la circunstancia real y espiritual del héroe que nos sigue alentando: “abracémonos en el dintel, y querámonos ahora más que nunca”.

(La Hora de Cuba, 5 de noviembre de 2021)

Heidegger... Maduro, Ortega, Díaz-Canel

Si, como pensaba el filósofo alemán, pronazi y precursor del existencialismo, Martin Heidegger, somos seres “para la muerte”, esto es, estamos arrojados en el tiempo con no otro sentido que el de morir, ¿qué significado puede tener la palabra “libertad” para tal limitación de la existencia? ¡Por el contrario!, dice, casi grita el heideggeriano, en este *non plus ultra* reside la verdadera libertad del individuo, capaz de convertir al novelista Joseph Goebbels en propagandista del terror y al pintor Adolf Hitler en creador del Holocausto. La ley del Führer, nacida de esa aberración, nos regaló el totalitarismo en cualquiera de sus variantes, y, lo que es peor, comprendida su beocia y su malignidad en Europa, la seguimos padeciendo en nuestro joven y atrasado continente.

Que al exguagüero Nicolás Maduro le lanzaran un mango con un nombre y una invitación nada cortés durante una protesta en Caracas hace unos años, habría causado las carcajadas de Hitler. Pero ojo, no subvaloraremos al dictador de la nación venezolana, una tierra que pudiendo atendiendo a sus recursos ser potencia mundial, y en cambio vive sumida en una crisis que no vislumbra fin. Aquellas de 2017, y posteriores revueltas contra el poder omnímodo fueron sofocadas con violen-

cia y sutilezas en el manejo de las leyes heredadas de la democracia, hasta la sustitución misma de esas leyes por la instauración de un mecanismo de control a perpetuidad. Bien mirado, Maduro es más discípulo de Heidegger que el mariscal nazi Hermann Göring, en cuya declaración al ser capturado por los británicos argumentó que “en doce años lo fue todo”. Y en ocho años de autocracia el exguaguero Maduro lo ha sido todo, a tal punto de ser, hoy, como los nazis ayer en similar tribuna, acusado e investigado por el nuevo fiscal de la Corte Penal Internacional, el británico —¡vaya ironía!— Karim Khan, por crímenes de lesa humanidad.

Por primera vez se sienta en el banquillo de los inculcados en La Haya, con pruebas fehacientes, a una dictadura de América Latina. Concluida su misión, que esperamos sirva para algo, el señor Khan debiera llegarse unos kilómetros más hacia el noroeste, a Nicaragua, donde el tirano Daniel Ortega procurará por estos días eternizarse en el poder a través de unas elecciones de antemano resueltas, luego de enviar a la cárcel a todo aquel que representara una sombra de oposición. Más de 30 personalidades de la política, el periodismo y la cultura han sido apresados en los últimos meses, mientras que otros han debido escapar al exilio que ya suma cientos de miles de nicaragüenses desde las masacres de 2018, cuando centenares de personas perdieron la vida y miles fueron heridos

o condenados por protestar. Un informe reciente de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos sostiene que en Nicaragua son nulas las libertades de expresión y de prensa, tanto como las de manifestación y reunión, e insiste en presentar a ese régimen como perpetuador de crímenes de lesa humanidad. Sin embargo, Ortega, de camino a su quinto mandato y cuarto de forma consecutiva desde 2007, como aquellos alemanes en el juicio de Nuremberg, lo niega todo: niega que sea sangre la sangre derramada, niega el exilio forzado de los que abandonan la patria, niega la censura de periódicos que hoy están clausurados.

La esposa de Ortega, Rosario Murillo, dizque escritora, publicó un ensayo: *El país que soñamos (el viaje a la tierra prometida)* (Ediciones Caminodeamor, Managua, 2001), para decir lo que todas las dictaduras de izquierda aseguran: que el reino de Dios está en la tierra, y que ellos son el evangelio vivo, con derecho a matar por ese “sueño”, pues al fin y al cabo Heidegger nos dijo que no hay razón sino la de la muerte. Como el Reich que según Hitler debía durar mil años, los modernos milenaristas retoman la herejía, esta vez no contra los dogmas de la fe, sino contra la dignidad plena del ser humano.

En Cuba, epicentro de esta cartografía oscura, a la propaganda oficial se le ha ocurrido la idea de que el sistema vegetará por los siguientes sesenta y dos mil milenios —¡nada menos! Justamente

cuando al delfín de los Castro, Miguel Díaz-Canel, parece acabársele la cuerda que lo llevó a la rusificada y orificada cúpula del Capitolio. En apenas tres meses, el espíritu de las protestas que repletaron los alrededores de ese edificio en La Habana, y que se sucedieron en todo el país, ha despertado en un renovado ambiente de sublevación, en un reclamo que agota las posibilidades legislativas de control absoluto y derriba el palimpsesto de decretos que intentan asfixiar a la ciudadanía. Como en julio, el humillado Díaz-Canel —ingeniero mediocre cuya misión de graduado fue el adoctrinamiento político de los jóvenes sandinistas en el primer mandato de Ortega— ha vuelto a amenazar con la violencia como recurso paralizante, acudiendo al odio y la ceguera de unos contra el pacifismo y los deseos de libertad de otros. Pero, ¿qué le resta al acartonado dictador, sino mancharse, como sus gemelos Maduro y Ortega, las manos de sangre? Eso, o regresar a la nada burocrática, donde su nariz aguileña, amada por sus amos, no podría alzarse sobre tantas cabezas.

Para curarnos, pues, del destino de estos hombres, desgraciadamente enlazados a nuestros destinos con sus cargas de muerte, sería mejor poner en nuestras vidas un ansia de resurrección, y, una vez recuperadas la libertad y la democracia, no olvidar nunca la época en que la conquista de esos bienes dio sentido a la existencia, y que por lo tanto no

estamos arrojados en el tiempo, sino que podemos
vencer al tiempo atreviéndonos a ser.

(La Hora de Cuba, 7 de noviembre de 2021)

El Delegado

El Delegado no es el delegado de mi circunscripción, aunque en incontables ocasiones he deambulado por su barrio, de calles largas que van a dar al mar. Si bien nació allí, en La Habana, este representante de nuestra raza delegó igualmente en nombre de otros países y se hizo querer por los buenos y temer por los malos donde quiera que estuvo. No fue, por su físico, como esos delegados de hoy a los que un spot televisivo nos presenta con el sugestivo “así son”; ni mucho menos fue, por su carácter, elegido para ese puesto de la historia por el dedo endiosado de un tirano, pues combatir al tirano fue la promesa que circundó su dedo desde muy joven.

Ni Líder —aunque lo era por naturaleza— ni Presidente —a pesar de que más tarde el pueblo lo llamaría así—, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano (PRC), José Julián Martí Pérez, fue electo en 1892 por mayoría absoluta entre los votos de 34 asociaciones y clubes repartidos de Nueva York a Puerto Rico, pasando por Jamaica. Delegado, búsquelo bien si la palabra ha perdido significado para usted, quiere decir representante, encargado, apoderado, subalterno, ejecutor; y todo eso encarnaba Martí en la tarea de guiar a los cubanos hacia la libertad. Era pues, el obrero con la carga más pesada en la construcción de la república.

Tampoco podía ser de otro modo; en una situación revolucionaria tienen muy pocas probabilidades de éxito las agrupaciones en mesetas o la horizontalidad política. Es imprescindible alguien que delegue por todos, para todos. Un gigante, decía él mismo —desde luego, no hablando de sí, aunque lo era—, no para elevarse sobre los demás, sino para soportar mejor el peso. Alguien, no para atraer sobre su persona el foco de las luces del prosencio, sino para ofrendar antes que nadie, siempre que sea útil, el sacrificio de su persona. Un sacrificio que no era sólo el de Martí, sino el de todo aquel que comprendiera, como dijo el Delegado a los presidentes de los Cuerpos de Consejo del PRC, que “la abundancia de virtud pública llena de fuerza y autoridad al encargo de representarla”, “con fe de apostolado y disciplina de ejército”, para evitar “lanzar sobre el país una aventura soberbia e inútil”, o “una mesiada caprichosa e incompleta” o “una guerra temible por su espíritu personal o parcial, de jefe o de localidad o de casta social”.

Nótese el neologismo: “mesiada”, pues desde los 16 años el autor de *Abdala* había entendido que no se trataba de ningún Mesías, sino de convertirse, por la vía del sacrificio si era necesario, en el primer servidor del pueblo, que es lo que debiera ser cualquier líder político o social. Abdala, un negro de Nubia, murió, cuando el pueblo le ordenó marchar. Pero la idea, incluso, del caudillo, fue madurando en un Martí que rechazó el liderazgo

fácil de conspiraciones, levantamientos y expediciones insensatas durante la segunda mitad de su vida.

Para 1877, la experiencia de Guatemala le permitió concebir un “drama indio”: *Patria y Libertad*, en el que el luminoso negro del papel protagonista fue sustituido por un mestizo “sombrio, amoroso, enérgico, ternísimo, fiero”, para colmo llamado, sospechosamente, Martino, lo que en latín viene a significar “guerrero” y en las notas al margen de la obra —inconclusa— se define como “amor de Jesús”.

La exegética martiana debiera ahondar en este teatro en versos que cierra como en espejo la dramaturgia del Apóstol, en la que además creo intuir una respuesta a *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca. El sueño de la libertad es posible cuando encarna en un real Martino, que se ha atrevido a delegar todas sus ambiciones personales en pos de erigirse en el delegado de la patria, dispuesto a morir por la única vida valedera, en compañía de los suyos y respirando un aire libre. Felizmente, a juzgar por los fragmentos que se conservan de la pieza, el desenlace no acaba en tragedia.

El dramaturgo-delegado comprende que, así como “hay dos teatros: el social, que requiere un arte menor, local y relativo; y el de arte mayor, el teatro de arquetipos”, “hay dos vidas, la que se arrastra, y la que se desea”. La vida no es, por tanto, solamente el frenesí o la ilusión calderoniana;

para algunos, y de allí la imperiosidad que tenemos de ellos, es también o antes que nada, un deber. El Delegado escribía “Patria y Libertad” porque sabía que la libertad es la vida y que no merece la pena vivir sin libertad. Había aceptado en más de una hora la muerte, antes que cargar con la culpa del sacrificio ajeno. Había aprendido, como quería Cristo, a ahogar el ego en el amor al prójimo, y podía mostrarse al fin como el humillado indio al que el pueblo redime:

Pueblo: *¡Viva el indio!*

Indio: *¡Yo, no! ¡La patria libre!*

(La Hora de Cuba, 23 de noviembre de 2021)

El 27 de noviembre

Frente a las oficinas del cementerio Espada, el joven Alonso, de 16 años, como movido por una convocatoria de protesta pacífica y martiana, ha arrancado una flor del jardín y la pasea por entre los muertos. Ignoramos si busca la tumba de algún prócer al que rendirle pleitesía, así como la oscura razón de la historia que lo sacó de la clase de Medicina para guiarlo hasta la calle San Lázaro, muy cerca de la cantera donde guardó prisión, hace apenas unos años, otro joven ilustre. Junto a Alonso, surca el aire el carro de las disecciones, que conducen riendo sus colegas Anacleto, Ángel, Marcos y Pascual.

Son cinco, a los que pronto el azar sumará otros tres: Carlos, Carlos Augusto y Eladio; pero todo el mundo sabe que son muchos más, y que escogieron estos ocho para dar escarmiento. El país, revuelto de una punta a la otra, tiene los nervios diseccionados, y el poder omnímodo ordenó a sus secuaces el castigo de todo acto luminoso que le despeje las tinieblas. La masa de los Voluntarios, como regurgitada de la boca del amo, ejecuta sus actos de repudio. Se atacan las casas de los jóvenes que se han atrevido a alzar, ante el odio, una insignia de paz; se ataca a la Iglesia y a los hombres y mujeres de fe que han vislumbrado ya, por fe, el valor de defender la justicia; se persigue

a todo el que con su ser, siendo, ofende al régimen que pretendía instaurar el no ser por los siglos de los siglos.

Los estudiantes de Medicina serán fusilados, y se decretó para la hora de la ignominia la tarde del 27 de noviembre. El actual gobernador, un “puesto a dedo”, como dice el pueblo, quiere lucir galas de asesino y ganar el respeto, perdido para el pueblo, con el jefe que lo puso en el cargo. Alonso, Anacleto, Ángel, Marcos, Pascual, Carlos, Carlos Augusto y Eladio, caminan por las calles de La Habana que se contraen bajo sus pies, en dirección al cadalso, cuando un estrépito se escucha a los lejos.

—¿Las tropas de Céspedes aquí?

—No, se oirían los caballos, los disparos, las cargas al machete...

—Oigan, oigan, son aplausos.

—¿Aplausos?

—Sí, y cantan.

—¿Nuestros compañeros?

—Puede ser, pero ¿tantos? No llegamos a trescientos en la Facultad de Medicina.

—Acerquémonos.

Frente a las oficinas del Ministerio de Cultura, centenares de artistas y otras personas esperan la respuesta de las autoridades a sus reclamos. Se ha agredido a un grupo de los suyos en el barrio

de San Isidro, y ahora el espíritu del barrio se ha trasladado hasta el lujoso edificio cuya valla comienzan a saltar enardecidos. Anochece. Algunos logran entrar y empieza un diálogo —el primero que se ve obligada a admitir la dictadura— que durará varias horas. Afuera el resto inamovible aplaude, para que el escurridizo ministro, que no se atreve a dar la cara, sepa que son muchos y que siguen allí. El acceso al lugar se cierra, pues la convocatoria prende como una chispa en el ánimo rebelde de la capital.

El solo desafío es todo un éxito. La protesta alegre afuera y la discusión impetuosa adentro, rehacen con nuevos bríos el enorme poder social de la fecha. ¿Qué importa que al tirano se le ocurra después escoger en correctivo algunas de nuestras cabezas, y peor aún, nuestros cuerpos, como hizo con los cuerpos de los acuartelados en San Isidro? ¿Y qué si pisotea nuestras obras y las rompe en un acto de impotencia o nos arrastra por Obispo hasta unas celdas inhumanas? Hay acontecimientos en la historia imposibles de sopesar si no a la vuelta de los meses y los años, y lo que fue velada en noviembre, se convirtió en el ardiente mediodía de julio, como en otro tiempo el horror del crimen quitó la venda en los ojos del cubano que defendía el crimen.

Los estudiantes de Medicina serán fusilados. La protesta de los artistas culminará en la medianoche. Los árboles alrededor del ministerio serán

talados para evitar otra aglomeración hostil a las autoridades. Y en medio de todo, la fuerza evocadora de este día seguirá creciendo, como en aquella visión que quiso compararnos con unos pinos nuevos. ¡Eso somos!

(La Hora de Cuba, 27 de noviembre de 2021)

La condición cívica

Cuando salimos del teatro, rozando la medianoche, un policía bailaba la música subversiva que inundaba la plaza, mientras adentro gran parte del público celebraba el estreno de la obra, un éxito local, retratándose con los actores que minutos antes habían visto bajo la piel dolorosa de, como definió Dostoievski, hombres y mujeres del subsuelo. O quién sabe si desde el descubrimiento del novelista ruso, que poseía un profundo don dramático, no hayamos sido otra cosa que habitantes de ese mundo que aspira a socavar nuestra dignidad humana. Sin embargo, el policía bailaba, las personas reían después del espectáculo que arrancó emociones diversas y los actores se deshacían de sus máscaras para mostrarnos unos rostros reales, embellecidos por las casi tres horas de defender con su arte lo que fuera de la escena otros insisten en manipular o tirar a un lado: la verdad.

Así lo dijo explícitamente el director de la obra y de la agrupación Teatro del Viento, Freddy Núñez Estenoz: “no estamos de ningún lado, estamos de parte de la verdad”. Y la verdad es siempre una osadía en el subsuelo que es Cuba, sobre todo si se grita a los vientos de un teatro que nos viene acostumbrando a las alturas. Este fervor del dramaturgo le ganó la detención tras las funciones, pues al parecer a algunos oficiales les resultó

molesta, entonces, la música de *Contar la vida, la escena como un documental*, cuya banda sonora no añade demasiados decibeles al grito de civismo que ya contiene la representación.

Luego de que el régimen impidiera por los métodos más bochornosos las manifestaciones que la ciudadanía había previsto en noviembre, el arte vuelve a asumir en sus hombros el reclamo de la sociedad, nada menos que en Camagüey, epicentro de las tradiciones jurídicas y de luchas sociales en el país.

Teatro cívico que explora en los nacidos en la isla la condición necesaria para el alarido, el testimonio, la anunciación de la persona que añora encarnar en la dignidad plena que le ha sido negada. ¿Que no hay espacios para alzar la voz en la realidad asfixiante del cubano? Pues el teatro los inventa. ¿Qué tiene que ocurrir en sus vidas, qué límite de lo humano es imposible rebasar para que hablen estas criaturas, convertidos en verdaderos activistas que deslizan sus demandas por el atañor de la escena, frente a una cámara ficticia y ante un público que los mira como en un espejo?

Una mujer sumisa e insatisfecha sexualmente, un paciente de SIDA bisexual, una cantante que hace de “mula”, un travesti, una lesbiana, un lisiado y ciego veterano de la guerra de Angola, una ex filóloga emigrante, una estudiante universitaria manifestante del 11 de julio, la directora del documental, embarazada y a punto de buscarse

problemas en un ámbito que esquivo la peliaguda temática social en el arte, son sólo una disección de lo que padecemos hoy. Hacia el final nos enteramos: se trata de historias verídicas que, lejos de sorprendernos, juzgamos como única salida al conflicto: la vida está siendo contada, pero la realidad no es ninguna escena o es todas las escenas posibles que desbordan al documental.

Nuestra nación es, por la acumulación temporal y espacial de estos dilemas, caldo de cultivo para ese género cinematográfico, como lo es su acontecer disparatado para el periodismo y los medios de comunicación. A ese estado de cosas es al que me refiero como “condición cívica”, que sería un subconjunto de la condición humana, capaz de salvarnos de la alienación, la pasividad y el miedo. Pero esa capacidad, entiéndase bien, no está en el conflicto en sí, sino en nuestra actitud para rehuir del ser sinflictivo al que aspiran los sistemas totalitarios y las sociedades cerradas. No es, tampoco, el “estado de sats” —término teatral— que enuncian unos finos politólogos como quintaesencia del asunto, pues la condición cívica requiere la necesidad —no sólo el deseo— del individuo para actuar fraternalmente sobre su entorno.

Los personajes de Freddys están sentados hasta alcanzar “la silla del culpable”, desde donde, más que contar la vida, exhibirán las culpas que los devuelven a una inocencia primigenia, en la que es inadmisibles permanecer callados. Hay que, como

pedía el artista alemán Joseph Beuys, mostrar la herida, pero también hay que denunciar, demandar, arrebatar el instante en el que realmente somos, más allá de la foto que nos sacamos en la silla cuando ¿termina? el espectáculo. Los personajes —¿personas?— exigen libertad, comprensión, dignidad, respeto, aceptación, amor, fraternidad, tolerancia, expresión, en un ciclo que podría continuar con los testimonios del público.

Abarrotados los espacios, los espectadores contemplan desde el suelo del proscenio y casi participan de la obra que es, me atrevo a decirlo, una protesta más eficaz que muchas de las convocatorias que nos piden salir a las calles. Allí estábamos, en aquella noche de domingo, varios de los que escribimos para este medio, había rostros que reconocí del 11J y otros del 15N; estaban, palpando el escenario, la madre y el hijo que días atrás decidieron emprender un camino de civismo que ya no pocos cubanos transitan y que, aunque colmado de peligros, merece la pena desandar en pos de darle algún sentido a nuestras vidas.

“La verdad es como el agua presa en una oscura tubería, siempre encontrará la forma de ser luz”, ha dicho el dramaturgo al que una patrulla se llevó enfrente de todos, por el delito de hacernos felices o invitarnos a serlo, en un país cuyos ilegítimos gobernantes descreen de la felicidad. Y si alguien considera que estoy haciendo una lectura demasiado política de la obra, léanse estas páginas como

mi propio monólogo, que cuenta la experiencia de un individuo que hace rato llegó a la silla del culpable para ejercer pacientemente su condición cívica, para defender, con la totalidad de su persona, la luz de la verdad.

(*La Hora de Cuba*, 8 de diciembre de 2021)

La “paz” rusa

En un comunicado anoche del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (MINREX), el régimen de la isla llama a “preservar la paz” mientras las bombas rusas caen sobre decenas de ciudades ucranianas. El nombre de la nación invadida, sin embargo, no se menciona más que una vez, como si por un designio moscovita hubiera desaparecido, no ya el maltrecho y reacomodado territorio de Ucrania, sino la patria misma del gran poeta Tarás Shevchenko.

Sí, Ucrania, la invadida y en múltiples ocasiones anexada, conserva una lengua en la que se ha escrito poesía de altura y que pudiera ser más antigua que el ruso, por mucho que se le parezca. Digo esto por la tendencia rusófila entre algunos cubanos, incluso de los que se dicen amantes de la libertad, a ver en Ucrania un estado “colchón” donde la Rus es más rusa que ucraniana y desde el cual lanzar los misiles hipersónicos a Occidente.

En Cuba, donde se habla español, es decir, la lengua del imperio que nos colonizó, a la dictadura se le ha ocurrido salir en defensa de “la seguridad de la Federación de Rusia”, condonante de una deuda que la isla arrastra desde los tiempos soviéticos y que ahora, previo a la invasión, se extenderá en sus garantías hasta 2027. Ya en la era de la URSS, Fidel Castro apoyó en 1968 la inter-

vención militar del Kremlin en Checoslovaquia y posteriormente, en 1979, en Afganistán, estado al que Cuba debía amparar siendo entonces cabeza del bloque de países no alineados.

El régimen de Díaz-Canel entona el continuismo también en esta línea de la política internacional castrista, que sonrío cínicamente a las dictaduras del planeta. El comunicado del MINREX, que ilegítima la beligerancia ucraniana y acusa a Estados Unidos y la OTAN como responsables del conflicto, bastaría para sentar en el banquillo de los acusados al dictador de la isla, como firmante de las bombas que destruyen las ciudades de Sloviansk, Kramatorsk, Járkov, Odessa, Donetsk, Lugansk, etc., como antes lo fuera de aquella “orden de combate” que llamó a reprimir a miles de cubanos.

¿Si, como afirmaba Putin, las tropas de Estados Unidos y la OTAN rodean Ucrania, dónde están en medio de una “operación militar especial” que a todas luces está siendo apoyada por la vecina Bielorrusia, declarada ordenanza de Moscú? El peligro es inminente en el óblast de Cherníhiv, a pocos kilómetros de Kiev, donde las personas comienzan a huir y se reporta una situación de caos peor a la del Maidán, en 2013 o la crisis de Crimea, incorporada a Rusia poco después.

En cambio, La Habana recibe con todos los honores y en total tranquilidad a Viacheslav Volodín, presidente de la Duma Estatal de la Asamblea Federal de la Federación de Rusia. Incluso los

partidos comunistas de Europa condenan la invasión, cientos de personas en la capital rusa salen a protestar por la nueva guerra y el Parlamento Europeo, Reino Unido y Norteamérica ponen en marcha sanciones económicas y políticas contra el invasor, pero la dictadura cubana decide sentarse a negociar con la nación imperialista. Cabe preguntarse si desde La Habana estarán monitoreando la abrupta caída en la bolsa de valores moscovita, la escalada de los precios del gas y el diésel o las consecuencias de este colosal despliegue para un país que alardea, pero que dista mucho de ser una potencia económica.

Putin habla de “paz”, de “desmilitarizar” y hasta de “desnazificar” a Kiev, mientras descuelga el teléfono al presidente Volodímir Zelenski, para dejarlo escuchar el frío silencio de su oficina, como un adelanto del silencio en el que aspira dejar al país vecino. En una zona de silencio, Chernóbil, donde antes se viviera uno de los más graves momentos de horror para la humanidad, también se reportan bombas. El cinismo de Putin, que le hace declararse anticomunista, cuando es sostenido en el poder por comunistas; cristiano, cuando atenta contra los valores del cristianismo masacrando en Chechenia, Crimea, Siria, Georgia, Donetsk y Lugansk, o pacificador, cuando no ha hecho más que retrotraernos, primero, a la época de la guerra fría, y ahora, a la del conflicto global armado, empaña para muchos cubanos la celebración de esta fecha.

En la portada de hoy del periódico *Granma*, un Martí aureolado como los iconos rusos habla menos del Grito de Baire que de la invasión al Donbás ucraniano. Desde luego, un Martí ruso es posible, porque es posible un Martí universal, pero emparentar en una misma página nuestra guerra *necesaria*, como la llamó el prócer, contra el Goliath colonizador, con la del nuevo gigante que amenaza a los pueblos, es inmoral y execrable para los hijos de la patria que nació libre en los campos de lucha. La expansión rusa en Ucrania no es comparable, aún, con la de los efectivos españoles que cruzaron el Atlántico para ser vencidos por nuestros abuelos en la manigua. Cuba no apoya, por tanto, la invasión a Ucrania, es el régimen quien lo hace. Los cubanos que reivindicamos el espíritu de este 24 de febrero no podemos sino invitar a nuestros hermanos en Kiev a decir con Martí y con el escritor Rafael Almanza, que lo ha recordado hoy: ¡“mi honda es la de David”!

(*La Hora de Cuba*, 24 de febrero de 2022)

La panza del caimán que nos devora

Podríamos decir que una obra se prueba contra el tiempo, pero ello no alcanzaría a explicar la eficacia de una obra que resiste en un tiempo difícilísimo, como el que le ha tocado vivir desde su estreno en 2013 a *La panza del caimán*, del grupo Teatro del Espacio Interior. No vi la obra en aquel entonces, sino en la excelente versión del noviembre teatral de 2019 en Camagüey, y ahora, que se exhibe durante todo abril, poco más de dos años después, con pandemia, rebelión nacional y la amenaza de una guerra mundial por medio.

En el repertorio del conjunto que dirige Mario Junquera, esta reposición continúa al estreno en 2020 de *Rorschach*, pieza experimental en la que la integridad del *personae dramaticae* es sacrificada para revelar algo que resulta de mayor interés para el dramaturgo: la personalidad del público que asiste al teatro para escapar del drama de la vida. Si el Ubú rey de Jarry dejaba al descubierto la espiral de su panza, centro de confluencia de todos los egos mediocres, Junquera quiere que observemos como en un test la panza del caimán que nos devora: mucho más grotesca y deleznable, por real.

La realidad misma aparece al comienzo de la pieza en el primer elemento novedoso de esta puesta en escena: una cámara recorre las calles de Camagüey, panza del caimán que es el archipiélago cu-

bano, como un endoscopio que descubre la ciudad enferma por las ruinas del experimento socialista. Pero lo ubuesco ha sido sustituido aquí por el discurso agónico del personaje que encarna maravillosamente el propio Junquera. Farsa en juego, la dialéctica se completa con tres personajes femeninos —antes eran sólo dos— que se relevan en la denuncia sin ambigüedades sobre el proscenio.

Poco a poco, y en sucesivos *sketches*, el “no hay” cubano se va disolviendo en el imposible total del mínimo que demanda el ser humano para, simplemente, ser. Incluido el anhelo de abandonar la isla, que para la mayoría de sus habitantes resulta un sueño colgado como las maletas que en una coreografía de lujo nos regalan los actores. Maletas que reflejan la corrosión del “homo nacionalis pateticus”, abiertas como una carcajada lúgubre sobre la escena en penumbras.

Totalmente a oscuras, somos interrogados por una luz que no podría decirse salvacional, pero en cuyas preguntas hay lugar para la esperanza. Estamos en la panza del caimán, como Jonás dentro de la ballena, con el único recurso de la fe en la patria para sobreponernos a la oscuridad, o de lo contrario regresar al subsuelo donde se acumulan los zapatos gastados, las sombras de los muertos y los muertos mismos que terminamos siendo en un país sin futuro, donde todo es pasado continuo y trágico.

Los actores de Espacio Interior pues, nos muestran ese lado peor que propone el autoencierro y la

autoaniquilación, sin dejar de señalar al culpable de la muerte en vida que por décadas ha asechado al cubano. La ironía, el chiste que se mofa de la desgracia personal y colectiva, la música alegre, no son suficientes para auxiliar a estos héroes nacionales que se debaten en la búsqueda diaria del alimento, demasiado lejos en su estatismo de la dignidad plena del hombre y la mujer. Sombras al comienzo, siluetas de cadáveres al final de la obra, los personajes velan sus propios cuerpos, atrapados en la panza del caimán. ¿Habrá salvación? Desde luego, si nos atenemos al silencio liberador que se adueña de la sala, cuando concluye esta protesta.

(La Hora de Cuba, 3 de abril de 2022)

Gastón Baquero: *La reacción necesaria*

Por un tiempo demasiado prolongado e injusto tuve que asumir como ciertos los que ahora me parecen tres mitos perniciosos sobre Gastón Baquero. El primero, propagado por algunos miembros de *Orígenes*, sostenía que Baquero era un gran poeta malogrado que escribía de vez en vez “artículos indefendibles”. El segundo, argumentado por sus enemigos castristas, nos vendió al redactor en jefe del *Diario de la Marina* como un ideólogo asalariado de Batista. Por último me hicieron creer, unos y otros, que la voz del incansable periodista había sido apagada por el fogonazo revolucionario y se había dedicado a vegetar, culturalmente, en el exilio español. Quizás haya sido mi ignorancia, pero sólo ahora, con la publicación de *La reacción necesaria. Artículos y ensayos (1944-1990)*, pude comprender la figura real del que por más de medio siglo ejerció el difícil arte de la profecía en el desierto de la historia cubana.

Este libro de Ediciones Homagno y compilación de Carlos Espinosa nos muestra las fases de la herida en la garganta del profeta. Una herida llamada Cuba, abierta por escoger, a la reacción de los valores auténticos de la patria, la revolución violenta y la adopción de una ideología foránea que no podía resolver en modo alguno los pro-

blemas de la República y que vino a sustituirlos por los males mayores derivados de la ausencia de libertad. Para Baquero, que emigró en el mismo año de la debacle, 1959, estaba claro que la revolución había comenzado a operar desde mucho antes y de muchas maneras subrepticias en el “tablado donde el Bien y el Mal libran constante pelea”. En efecto, se trataba y se trata de un fenómeno más profundo, contra el que los sociólogos se siguen estrellando. Estúdiese esta bien pensada antología, que es en sí misma una reacción a la estupidez del pensamiento al servicio de las tendencias y modas políticas, y se verá cómo la historia es a menudo superior a la idea que sobre ella, aceleradamente, nos hacemos.

El árbol cortado para erigir la barricada resultó carcomido, y cada vez que una rama caía por el peso de su putrefacción, el periodista nos lanzaba su guiño exacto y claro. El gran poeta que pudo ser es el que ya es en la gran tradición poética cubana, donde aparece con un haz de poemas memorables de los que queda mucho por decir, pero la acusación de “indefendible” contra su ejercicio de clarividencia y amor a la patria, es una ceguera lamentable de aquellos a quienes con todo derecho podemos reprocharles el presente de Cuba. Nunca a Baquero, que combatió al comunismo en las mismísimas cepas, que criticó el racismo, la mendicidad, los desalojos campesinos, el servilismo, la corrupción y otras tantas injusticias sociales

que pervivían en la República por la que trabajó sin fatiga; nunca a quien advirtió, en la temprana fecha de julio de 1957, lo que sobrevendría a la isla de triunfar las fuerzas destructoras de Castro; a quien estuvo siempre del lado del pobre y defendió la existencia de una oposición, siendo él partidario del poder político imperante; a quien se llevó consigo al exilio un pedazo de la Cuba irrecuperable y desde allí continuó hablando para la nueva Cuba en sus momentos más difíciles, afanado en la salvación de un pueblo que desoye uno tras otro a sus profetas.

Contra la aberración del maniqueo, Baquero nos enseñó que el periodista es un maestro de la sociedad, una voz que clama en la aridez de la época, trabajando en lo oscuro para poner la lámpara de la razón sobre la mesa de las murmuraciones. De Batista nos dice en estas páginas, justo al emigrar, que “estaban hasta la coronilla los más tenaces batistianos. El río de sangre, la inseguridad para la vida y la propiedad, la censura de prensa, el imperio del terror como norma de gobierno, habían llegado a sensibilizar hasta a los más reacios al dolor ajeno. Cuba había apurado el límite de la resistencia física y de la resistencia moral”. De Castro dijo que cabía llamarlo “tirano, tiranosaurio y tiranuelo”, “hombre de muy reducida preparación, de ideas gastadas, de consignas y frases en desuso”, pero también, evocando el entusiasmo hoy olvidado por muchos, “la más grande desilusión

de la cadena de desilusiones que es la historia de Cuba republicana”. De Estados Unidos enunció “los únicos errores que no perdonan” su prensa y su gobierno “a los mandatarios del mundo, pero excepcionalmente a los hispanoamericanos: inclinarse hacia la derecha, ser anticomunista activo y ser amigo de los Estados Unidos”.

Sobre su vegetación o su silencio habría que mencionar que fueron tan frondosos como su propia palabra, predicando en las radios españolas el evangelio de la cultura cubana con José Martí como emblema, y acompañado siempre, como lo vemos en una foto de la vejez, por el retrato de su venerado Antonio Maceo y la literatura que de la isla le llegaba en oleadas. Atento en cada hora a la Cuba deshecha en el fracaso socialista, prosiguió siendo el reaccionario para el que nunca muere la esperanza de la restauración. Una fe sostenida por las evidencias del pensamiento y la creación cubanas, que representó, con los demás valores de la patria, donde quiera que estuvo. Sirva así, para sumar a esa evidencia, el libro que comentamos hoy, cuando el almanaque nos recuerda el aniversario 107 del natalicio de este grandísimo hombre nuestro.

(La Hora de Cuba, 4 de mayo de 2022)

Palabra del Tiempo: las siete noches de Rafael Almanza

Desde las famosas conferencias de Borges, que hoy escuchamos sus adeptos con la fascinación de la palabra erudita en el oído profano, no había vuelto a experimentar ese magnetismo de la voz sacudiendo la totalidad de los sentidos. Las *Siete noches* bonaerenses me parecían demasiado íntimas y a la vez universales para ser emuladas en el breve tiempo que representan poco más de cuatro décadas para la inmensidad y el letargo del tiempo sapiencial. Todavía más asombroso es que nuestro español, nada acostumbrado a los sobresaltos publicitarios de otras lenguas —piénsese en la novela radial de Wells—, se adaptara brillantemente a los requerimientos anglosajones del género *podcast*, y que un escritor cubano, Rafael Almanza, se lanzara a la aventura tan riesgosa como infrecuente entre nosotros de pensar hablando.

Ya otro genio latinoamericano, Octavio Paz, lo había dicho en estos términos: “el hombre no habla porque piensa, sino que piensa porque habla”, y ese hablar que es pensamiento en acción, ejecutándose con las reducidas armas del idioma, se nos ofrece en la serie de siete *podcasts* titulada *Palabra del tiempo*, con la que el historiador y presentador Alenmichel Aguiló nos acerca a las ideas y obsesiones de Almanza. Para mayor ga-

nancia, se trata de una conversación entre amigos que se conocen de hace mucho y que, como todos los amigos, no acaban de conocerse. En ese diálogo, por momentos borgeano pero nunca sibilino o hermético, nos sumergimos hasta descubrirnos interlocutores, como si *La palabra auditiva* —título del primer episodio— nos devolviera a una época remota en la que el oído tenía otras funciones, además de la recolección de sonidos que de vendrán significados.

Podcast, la palabra sobre la mesa de estas noches, indica en su etimología de vocablos tecnológicos una colecta sonora que se difunde a los aparatos de comunicación actuales, pero a mí se me antoja sugerente la división de *pod*, en inglés, vaina que guarda las semillas de la planta y *cast*, entre sus muchas acepciones esparcir, lanzar, arrojar, como una revelación de la naturaleza del medio. El creador de *podcasts*, a diferencia del locutor, del político o del publicista, es el auténtico hablante de nuestros días, su labor es diseminar, no algo que nació adulterado como el programa o la propaganda, sino guardado en una cápsula cuya misión es deshacerse fértilmente en el cosmos de las ideas. El universo en expansión de sus oyentes se distingue por las rupturas de la comunión que provocan los múltiples espacios auditivos que lo componen, lo que también viene a explicar la particularidad de su consumo. Lamentablemente, no podemos extendernos de momento en estas

consideraciones. Aguiló, un consumado más que consumidor escucha, sabe por experiencia cómo operan los privilegios del oído en la fecundación del pensamiento contemporáneo. Cansados de mirar, sin ver, todos quieren hablar sin tener que oír al otro y lo que es peor, sin oírse a sí mismos. Pero al oír, cambiamos; conseguimos mover una pequeña parte de la civilización paralizada en la sordera.

Orador de miles de páginas de poesía, ensayo y narrativa, Almanza es igualmente un periodista que no cesa de predicar entre el murmullo de las noticias que nos aturden; un conversador a cuya casa en Camagüey acuden los jóvenes que se resisten a la alienación y la tapiadura totalitarias; un maestro de la palabra que ha conducido por más de un cuarto de siglo la Peña del Júcaro Martiano, en un país y una época donde campean al unísono la rechifla, el carnaval y la ovación mediocre. Contra esas enfermedades, Almanza nos propone, ya que estamos lejos de la meditación cristiana o budista, plantearnos el mundo reflexivamente, *hablando*. La celeridad de las imágenes convertiría nuestra *Nostalgia del futuro* —segundo episodio— en una visión superficial sobradamente nostálgica. *La vida futura* y las *Evidencias del progreso* —episodios cuarto y quinto— demandan de nosotros, como individuos, una actitud y como sociedad, una aptitud críticas que nos permitan otear en el fondo siempre incómodo de los problemas. Desde

luego, tenemos la milenaria palabra escrita, pero nuestro ámbito es a un tiempo la habitación en ruinas de Babel y la caverna del mito platónico. El estallido nuclear nos volvió, más que sordos, ágrafos. Escribimos para recuperar la escritura perdida y no leemos nada. No nos leemos. Voci-feramos hasta la afonía y caemos, reiteradamente, de bruces ante la verdad.

Hacia la verdad y la paz, pues, nos sugiere ir Almanza en el último de los *podcasts* de esta serie, tras curarnos de *El pesimismo cubano* —tercero— y si salimos ilesos de las verdades gritadas con el escándalo de la poesía en *Un episodio que no es fácil* —sexto. Cuba, la conquista del espacio, la carrera tecnológica, la guerra actual y la pretérita, la concepción del ser humano, la vida religiosa, la fe, la política de todos los colores, el optimismo ridículo y el doloroso, la igualdad, la libertad, la fraternidad del *con todos* y la lucha entre el Bien y el Mal son las abscisas y ordenadas de un sistema que tiende al infinito.

La palabra del tiempo de este profeta quiere ubicarnos en la galaxia real del pensar y el actuar cotidianos —altura y profundidad impensables para el cabalista Borges—, en una tentativa de sanación que descende, nada menos, de la prosapia nacional de Varela, Martí, Márquez Sterling, Mañach, Vitier... El ensayo verbal, en el dominio más puro del término, continúa al escrito —Almanza acaba de publicar *Palabra pública*, compilación

de artículos— y es así mismo una búsqueda personal en la que el autor descubre, con el oyente, la manera expedita de vencer el laberinto del oído, auscultando la realidad sin prejuicios ni complejos. O mejor dicho, en la complejidad de los juicios que la sociedad embalsama para salvar, erróneamente, la multiplicidad de egos colectivos. Hay tiempo porque hay palabra que lo dice y lo desdice, como el verbo del principio al que añoramos regresar. El católico Almanza demuestra que la palabra articulada puede ser contemplación y poema, pero urge que sea ante todo restauración, reparación, resurrección de aquello que nos humaniza. En esa empresa lo acompaña la erudición fresca de Aguiló, a quien rogamos una segunda temporada de estas noches, como las otras, eternas.

(Árbol Invertido, 5 de mayo de 2022)

Resurrección de Martí

Mayo va siendo el mes de las catástrofes en Cuba. Como para recordarnos que en mayo asistimos al asesinato de su mejor hijo, la tierra cruje, el aire se inflama y buscamos en vano el cadáver que se resiste a morir entre nosotros. Ciento veintisiete años después, seguimos rechazando la extinción de Martí, ¡cómo si fuera posible enterrar, en un tiempo tan significativo para la nación, a quien supo conciliar en sí esas dos fuerzas titánicas de la historia: revolución y república!

Al morir por la causa natural de los héroes, nuestra tarea inmediata era fecundar, concluido el ideal revolucionario, la simiente republicana detenida en Dos Ríos. Fundamos la república al otro día, como quien baja de la cruz a Cristo para luego abandonar su sepultura. Se apagó con deshonra la revolución que había nacido de la dignidad plena del cubano y se fueron, los fundadores, a mal gobernar el nuevo régimen. Los humildes, los que de verdad entendieron sin ver lo que Martí vio, quedaron a medio camino entre el clamor del desierto y la rebelión infructuosa. La sustancia del Apóstol pasó a la estatuaría nacional, sedimentada por el limo de la profecía.

El comadreado fracaso de ambas empresas fue entonces, como en muchos debates ahora, abono para el pesimismo de la isla, que contribuyó por

más de medio siglo a la confusión de los valores democráticos con el amotinamiento y la sedición dañina. No hubo tal fallo, sin embargo, en el diseño de la obra que surgió hermanando las ansias de liberar a la nación y construir en ella un estado de justicia, y sí en nuestro fratricida empeño de destruirlo todo antes de tener que enmendar algo. La siguiente revolución se diría martiana, pero no fue sino la rúbrica de una traición inconmensurable al corazón de la patria. El busto congelado de Martí se trastocó en el blasón ferviente de la tribuna del tirano y en su pisapapeles de oficina.

Martí, en cambio, nunca dejó de hablarnos, como cuando al periodista y poeta José Manuel Poveda se le ocurrió imaginarlo vivo, sin estatua, con la república, como antes la revolución, sobre los hombros enervados; o en aquel sueño del ilustre Jorge Mañach, en el que incluso viendo la escasez del mérito personal en el pueblo, insistió en que esta “patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad”; o cuando Gastón Baquero nos descubre que “Martí es la anticipación de la grandeza. El programa de una maravillosa y casi sobrehumana realidad”. ¿No es este acaso su apostolado? Un discípulo habla y otro recoge su palabra profética arrojada piadosamente a la multitud.

Martí es el alma volcánica de Cuba, y se puede aceptar o negar, pero nunca concebir de él una presencia fantasmagórica. Quien lo acepta, descie-

fra el nombre inefable de la patria; quien lo niega, se ve obligado a la refutación impetuosa, a la enmienda o al ridículo. Podemos reclamar, como algunos pretenden, la condición de Prometeo o Fénix para Martí y devorar o quemar cuando se nos antoje su imagen maltrecha. Hay quien prefiere suponerlo, más que soñado, soñador. Otro dirá que Martí está aún por nacer, o que su espíritu no termina de encarnar en el pueblo que arengó como nadie. Pero tanto en nuestros vicios como en el contrapunto de nuestras virtudes, está el Apóstol reuniéndonos, convocándonos a ser las “huestes de cubanos conscientes” que “dan los pueblos en sus horas de crisis”. En esta hora yo quiero creer que ha resucitado, que se yergue en la hecatombe y pone manos a la obra, que nos recuerda con unos versos nuevos y fragantes que en mayo todavía es primavera.

(La Hora de Cuba, 19 de mayo de 2022)

El tronco de la República

Un fantasma recorre, no el continente donde el comunismo fue perseguido y perseguidor, sino el mundo entero, corporizándose en las formas más absurdas. En el caso de Cuba, a la zaga siempre de sus hombres y mujeres de genio, del avance mundial y el pensamiento, el desfase nos pasó factura. Fuimos independentistas cuando ya toda la América hispana había sido estremecida por los truenos de Bolívar, republicanos cuando la aspiración del naciente siglo era alcanzar a las potencias que en poco tiempo se repartirían el planeta, comunistas cuando Jruschov desenterraba las raíces pútridas de Stalin.

Hemos hecho demasiado caso a criaturas mediocres, caudillos y politiqueros, mientras nos esforzamos en empañar las ideas madres con exotismos que no se aplican a nuestra realidad. ¿Cómo es posible que Félix Varela, un sacerdote católico cubano, se haya burlado del error de Hegel y nosotros, un siglo después, adoptemos la teoría de Marx, perpetuador del desatino? ¿En qué cabeza cabe desestimar las ideas de Ignacio Agramonte, que combatió el estatismo proponiendo una fórmula hoy en la palestra de los liberales moderados? ¿Cómo dejamos morir al ser universal que fue José Martí? ¿Cuán sordos estuvimos para no oír los clamores de Manuel Márquez Sterling, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Gastón Baquero...?

Alemanes y rusos llenaron las testas calentadas por el trópico y un visigodo, de apellido Castro, se erigió en Robespierre. Cuba, que nació de arrancarse la cadena española, fue francesa en el refinamiento decimonónico, yanqui en el pragmatismo republicano y más tarde soviética, sin llegar a asimilar, salvo en la superficie, ninguno de estos sistemas. En el légamo formador del cubano han convivido, al unísono, la ensarta de juicios que negó Martí en su vindicación patriótica y la raíz profunda que encalló esa amorosa defensa. Estábamos entonces y seguimos estando, divididos: independencia o autonomía, liberalismo o conservadurismo, revolución o reacción, hasta que la guillotina del partido único y totalitario nos acabó dividiendo también físicamente: exilio o insilio.

Sin embargo, no hay razones para dejarse aplastar por el pesimismo en un país que apenas saboreó la libertad y cuya independencia sólo fue posible ciento veinte años antes, exactamente un día como hoy. De las latencias sombrías del ser cubano pueden extraerse luminosos valores, como esa suerte de apertura cósmica insular, que contrasta con la cerrazón del latinoamericano habitante del istmo y que nos ha curado durante toda nuestra historia del patriotismo maniqueo. Ese talante ecuménico, naturaleza y costumbre de un archipiélago que fue el puerto más importante del Nuevo Mundo, es en gran parte responsable del carácter solar del cubano, una ganancia adelantada en el cumplimiento de nuestro destino.

Lo que nos ha malogrado invariablemente es el olvido de ese sol autóctono que brilla con luz propia dentro de la isla. A los Soles y Rayos de Bolívar, del santiaguero Heredia, prefiero el vitral del cubano americano Walter Betancourt en el teatro de Velasco, Holguín: un sol que se alza majestuoso sobre el Pico Turquino. Que lo diga yo, un cubano enraizado en el interior del país, importa poco. Díganlo mejor el que Cuba fuera añorada como colonia por las mayores potencias — incluida la Alemania de Bismarck— y respetada como república —en su momento, la decimonovena en constituirse en el mundo. Dígalo el exilio que rechazó la dictadura castrista y construyó una ciudad moderna, ucronía de la Cuba perdida, sobre la ciénaga de los Everglades.

En cuanto a la dilación cubana en sacudirse el comunismo, he allí la proeza del 11 de julio pasado, que vino a confirmar nuestras sospechas: en Cuba se intenta lo que en ningún otro sitio, la salida desde abajo, desde el fondo, de la raíz democrática del 20 de mayo de 1902. El pueblo construye la república, no un gobierno foráneo ni un claustro de militarotes. Fue siempre esa la propuesta de los hombres de pueblo que nos negamos a escuchar, por cuya negación volvemos una y otra vez al punto de partida que demarca esta fecha.

Por eso, cuando leo los documentos públicos y las declaraciones de la política digna que se hace desde la oposición cubana, me sigue sorprendien-

do el exotismo ideológico que las sustenta y la ausencia en ellas de las ideas de estos hombres. Cuba no es Polonia, ni Checoslovaquia, ni la RDA, mucho menos la Rusia que cambió el maquillaje despótico. En Cuba hay otros factores, otra historia, otro carisma, otras ideas. En Cuba, por algún tiempo, supimos qué es la libertad. No se trata de entender cómo otros salieron del comunismo, sino cómo llegamos nosotros a él, y para ello es buena la república que conmemoramos hoy los que aún confiamos en la restauración. Ya sé, de sobra, que no atenderéis mis demandas, pero si alguna autoridad, algún designio de este día, inspira el rumbo de sus empresas, les pido recordar al que ofreció su vida para alcanzar este anhelo: “Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.

(La Hora de Cuba, 20 de mayo de 2022)

Medio siglo sin Boitel

Cincuenta años ya sin Pedro Luis Boitel (1931-1972), y cada año sigue siendo insuficiente para emular a los 53 días de la huelga de hambre que acabó con su existencia. La mayoría de los poetas épicos nunca vivieron una vida épica, pero a este malogrado bardo le tocó la suerte de vivir su poesía abisalmente, como quizás sólo lo había hecho en Cuba ese poeta mayor que fue José Martí.

Su calvario, casi a la misma edad que el Apóstol, continúa interpeándonos, amonestándonos en nuestras posibles flaquezas o en nuestros alardes de poetas en tiempos menos cruentos. Su muerte fue, a no dudarlo, una de las mayores tragedias de este período funesto de la historia cubana, que cada 25 de mayo debiéramos conmemorar con la gravedad de los misterios espirituales.

Condenado al exilio en Venezuela durante la dictadura de Batista, colaborador en el derrocamiento del déspota Marcos Pérez Jiménez en ese país, líder estudiantil desdeñado por Castro en la gesta del '59, sus actividades al frente de la organización clandestina Movimiento para Recuperar la Revolución le valieron la acusación de “conspirar contra el Estado” en el temprano 1961.

Ante la amenaza real que representaba su liderazgo, aun en prisión, fueron agregados varios cargos a su pena inicial de 10 años, en lo que para

muchos constituyó un crimen premeditado del régimen castrista, que se negó a brindar asistencia médica al poeta una vez iniciada su huelga como protesta a la injusta medida.

Desde entonces, la historia no ha dejado de repetirse en sus vericuetos cíclicos; sólo en las últimas seis décadas casi una quincena de cubanos se ha lanzado a esta forma de demanda a ultranza con resultados fatídicos. Así lo han hecho intermitentemente los creadores Luis Manuel Otero Alcántara y Maykel Osorbo, a quienes el régimen ha querido, como al poeta, secuestrarles una obra ingénita a sus vidas.

El técnico de radio Pedro Luis Boitel trocó la publicación de libros por la fundación de emisoras clandestinas desde donde alzó su voz contra las dictaduras. Murió en la peor de las ignominias de esta didascalía del horror que continuamos padeciendo, pero la síntesis de su vida nos sigue hablando desde la profecía de estos versos:

*El destierro me ha condenado a vivir
encarcelado a la nostalgia, compartiendo
su celda,
pero al transcurrir los años he aprendido a
despertar,
y ahora en mi realidad busco mi
emancipación, mi senda.*

Ahora que muchos han aprendido a despertar, que la senda del poeta se ve más clara en la noche de este medio siglo, debemos aprender a vencer la nostalgia y el destierro y encaminarnos a la emancipación.

(*Árbol Invertido*, 25 de mayo de 2022)

Daniel Ortega contra el idioma español

Hace una semana, la noticia debió habernos estremecido como la caída de una bomba, si no fuera por lo (mal) acostumbrados que estamos a los atentados contra la libertad en América Latina: el régimen de Daniel Ortega cerró, de golpe, la Academia Nicaragüense de la Lengua y otras 82 organizaciones no gubernamentales a las que acusó de estar inscritas como “agentes extranjeros”. Una acusación que se ciñe estrictamente al guion totalitario en el que parecen estar de acuerdo Cuba, Nicaragua y Venezuela. Si en el país de los volcanes, al menos hasta este primero de junio, existían instituciones con ciertas libertades para pervivir al margen del poder, el paroxismo de la dictadura sandinista va haciendo tender a cero estos privilegios, mientras borra los límites de parentesco con sus aliados autócratas.

La caballada orteguiana sigue la estela de sus homólogos, Nicolás Maduro y Miguel Díaz-Canel: la persecución implacable de todo lo que pueda poner en crisis la imagen del *establishment*. Como esta imagen es en sí, endeble, al cabo resulta que el gesto más leve de autenticidad la desnuda de forma escandalosa, sea con unos muñequitos que imitan al babieca venezolano o un calcetín y unas siglas que hacen temblar al cubiche. Preocupados por la cara que muestran al exterior —véase la

perreta armada por la exclusión de sus regímenes de la actual Cumbre de las Américas—, a costa del deterioro interno de sus países, estos déspotas iletrados resultan más agentes extranjeros que cualquier embajada u ONG. Ellos sí que reciben financiamiento foráneo, y de la peor calaña, proveniente del totalitarismo chino o, encomendando el alma al diablo, de la mayor amenaza en nuestros días para la paz mundial: Vladimir Putin. Ellos sí que violan la ley cuando pasan por encima de los derechos humanos y de la dignidad plena de hombres y mujeres. Daniel Ortega es —en Nicaragua me entenderán— el verdadero zancudo que chupa la sangre de su pueblo.

Eso ha sido desde que se hizo con el poder de las armas en el país centroamericano y bajo la asesoría de los Castro —primera misión ideológica del entonces joven Díaz-Canel— en la década de los noventa, pero sobre todo con su arribo absoluto a la presidencia en 2007, y tras la crisis de 2018 que dejó centenares de muertos en protestas antisistema. Actualmente, con 76 años, en su quinto mandato y con una oposición nulificada por los cachimbazos de la Asamblea Nacional sandinista, el dictador entra en esa fase de locura que tanto atrajo a los novelistas del *boom*, pero que siempre supera, por horror, a la ficción. Más de 300 entidades, sean de oposición o no, han perdido personería jurídica en la tierra de Rubén Darío, al tiempo que se encarcela y destierra a periodistas,

activistas y escritores, sin importar que se trate de voces reconocidas como las de Gioconda Belli o el Premio Cervantes de Literatura en 2017, Sergio Ramírez. La propia Belli ha denunciado esta “guerra sin cuartel contra el pensamiento y la inteligencia”, que también afecta a profesionales de la salud —más de 400 exiliados—, religiosos y otros tantos actores de la sociedad civil.

El caso de la Academia Nicaragüense de la Lengua es especialmente grave, por ser, con 94 años de existencia, una de las instituciones más longevas de la nación y de las primeras academias del idioma español. Sobrevivió, y no es poco, a la dinastía de los Somoza, quizás por llevar en su raíz la progenie preciada de los Chamorro, Pedro Joaquín Chamorro Zelaya y Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, entre sus fundadores y sostenedores. Este último, asesinado por sicarios de Somoza Debayle en 1978, a pesar de lo cual la academia siguió en funciones regalando al español más de 2200 palabras. Enterado de la noticia de su clausura, el director de la Real Academia de la Lengua Española (RAE), Santiago Muñoz Machado, catalogó la medida como “un paso más allá de la opresión”. “No es ya una agresión a una libertad, la de asociarse o de opinar. Es cortarle la lengua a la gente”, denunció en un comunicado. Daniel Ortega es el zancudo —en la RAE me entenderán— que chupa la sangre al idioma español.

El fondo del problema es aún más agobiante, si se piensa que es el pueblo el primer responsable de velar por la edificación de la cultura y que, en cambio, ha erigido en nuestras naciones una generación despótica y canuta. El cierre de la sede de la Academia Nicaragüense de la Lengua sigue en orden, en el plan de defenestración orteguiano, al del diario *La Prensa*, tal vez el periódico independiente en funciones más antiguo de Latinoamérica, fundado en 1926 por Chamorro Zelaya. Y he aquí la esencia de esta novela de mal gusto: la historia de Nicaragua es la de unas cuantas familias que luchan con intereses encontrados en regodeo o riña con el poder, llámense Solórzano, Debayle, Somoza o Chamorro. Para nosotros, observadores a distancia, es claro ubicar en el lado bueno a los que dieron a Nicaragua una prensa y una academia de la lengua libres, pero además una mujer, Violeta Barrios de Chamorro, capaz de derrocar al malo, o un periodista, Lorenzo Holmann Chamorro, que sigue preso por criticar a la familia disfuncional de Ortega. Para la familia mayor que debería ser la humanidad, las acciones de este dictador son alarmantes.

(*La Hora de Cuba*, 8 de junio de 2022)

El evangelio cubano de Oswaldo Payá

Oswaldo Payá Sardiñas fue asesinado hace 10 años en una carretera del oriente de Cuba, donde en el futuro habremos de erigir un monumento. Cuando murió, o mejor dicho, cuando la dictadura cubana decidió quitarle la vida, este grandísimo hombre contaba seis décadas bien aprovechadas de existencia. Había formado una familia con su esposa, Ofelia Acevedo, y tres hijos, Rosa María, Reinaldo Isaías y Oswaldo José. Había fundado el Movimiento Cristiano Liberación en la isla y llevado adelante los proyectos Heredia y Varela, este último con el resultado de reunir a más de 11 000 firmas ciudadanas que pedían formalmente cambios en el sistema. Fue merecedor del premio Andrei Sajarov a los Derechos Humanos del Parlamento Europeo, en 2002 y candidato al Nobel de la Paz en cinco ocasiones (2002, 2003, 2008, 2010 y 2011). Logró aunar una multiplicidad de voces, inédita desde los tiempos de Martí, en su Programa Todos Cubanos, y se mantuvo fiel a la fe católica heredada de sus padres.

Estos son, grosso modo, los hechos del apóstol al que una multitud de fieles despidió en el verano ardiente de 2012, mientras su cuerpo atravesaba la parroquia del Cerro, en La Habana, en su última batalla espiritual por la libertad de Cuba. Afuera, un operativo policial, similar a los desplegados en

la Primavera Negra de 2003, trataba de impedir la entrada al templo de los seguidores de Oswaldo, aquellos que habían recibido el evangelio del líder. Un año atrás el octogenario Castro, en vías de extinción, apuraba sus fuerzas asesinas para ultimar a Laura Pollán, cabeza y alma de las Damas de Blanco, y en una década al menos dos presos políticos habían muerto en huelgas de hambre en cárceles del régimen. Junto con Oswaldo, perdió la vida aquel fatídico domingo el joven Harold Cepero, brazo derecho del adalid, en lo que Castro quiso pasar como un simple “accidente de tránsito”. La muerte se cernía sobre quienes osaran remover la enquistada revolución castrista, que ensayaba una salida a la profunda crisis económica con una discreta apertura al mundo.

Payá, nacido unos días antes del golpe de estado de Batista, parecía escogido por el destino para el difícil papel que representó. De joven supo rechazar las prebendas de una militancia en el Partido Comunista de Cuba y resistió los tres años de trabajos forzados con los que el régimen cobraba el cadalso a religiosos, homosexuales, disidentes y otros *outsiders* del sistema. Había decidido permanecer a toda costa y no lo haría de una manera pasiva, sino entregado a una vocación que primero se reveló cívica, para luego decantar en una vena política impetuosa, del mismo caudal que alimentó a otros próceres cubanos, desde el santo Varela hasta el malogrado Chibás. Sin embargo, de este inge-

niero que reparó equipos de electromedicina hasta la víspera de su muerte, puede decirse lo que quizás no fuera aplicable a tal cabalidad en ningún otro: Payá no ejercía la acostumbrada suplencia de nuestros hombres cívicos, a los que el destino arrastra postergando las ansias en aras del deber, sino que tenía la capacidad de simultanear deber y ansias en una sola dirección lúcida: el establecimiento de la democracia en Cuba por un camino que garantizara la paz y el acuerdo de todos los cubanos.

¿Se puede rehusar semejante mandato del alma? No, rehusar no es propio de los profetas, respondería para sí el líder, al punto que sube en la madrugada al auto que lo llevaría al santuario de El Cobre, en Santiago de Cuba, en un viaje que no podía imaginar —¿o quizás sí?— crístico. No llegará a su destino físico, para cumplir con un destino más alto, ese que siempre intuyó y que modeló todas sus acciones. Su obra, de la que mucho se habla y se hablará en los tiempos venideros, alcanza su plenitud en ese instante que marcó un parteaguas en la lucha política de los cubanos. Oswaldo sabía que quedaba mucho por hacer, que el camino estaba maltrecho y habría que reparar antes de colocar nuevos cimientos, que era necesario sanar y persistir en la esperanza antes de plañir nuevas heridas y derrotas. Uno no sabe si es a Ofelia, a la vida o la patria a quien Oswaldo cantaba esos versos de The Beatles durante el viaje: *Oh! Darling, if you leave me / I'll never make it alone* (¡Oh, cielo! Si me dejas / Nunca podré hacerlo solo).

Para el que quiera ver lo que significó el 22 de julio de 2012 para Cuba, sobre todo para los que como yo no lo vivimos en plena conciencia, léanse los editoriales que por la fecha y en días posteriores dedicó la prensa internacional y la incipiente prensa libre de la época. Se sorprenderá queriendo añadir numerosos pies de notas, colofones y escolios a las reseñas sobre proyectos y discursos de Payá. Ya en vida el líder obligó al mayor de los Castro a llevar a cabo un chapucero e inconstitucional referendo para establecer el carácter “irrevocable” del socialismo cubano, vista la amenaza de las estrategias legales de Payá. En lo sucesivo, tanto Raúl Castro como Díaz-Canel seguirían esa ruta profiláctica, con el temor de que el espíritu redivivo de Payá les hiciera tambalear la mesa del poder. El Proyecto Varela había abierto una brecha en el burocratismo y la prédica del hombre de pueblo avizoraba la inevitable rebelión. Reunidos alrededor del féretro, la cúpula de la Iglesia despertaba. Por eso no puedo estar de acuerdo con los que sentenciaron la no utilidad de su muerte. Un católico como Oswaldo no lo creería, como tampoco lo creyó Martí: “otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada y la levadura, y el triunfo de la vida”.

(La Hora de Cuba, 22 de julio de 2022)

Huevos: teatro cívico

Por estos días, en varias funciones electrizantes en Camagüey, Teatro del Viento rescata una obra fundamental de la dramaturgia cubana contemporánea: *Huevos*, de Ulises Rodríguez Febles. El público camagüeyano, verdadero adicto a las obras de este grupo teatral, ya había tenido un adelanto meses atrás de esta nueva puesta en escena, cuando las puertas del teatro se abrieron a una lectura pública de la que el propio Rodríguez Febles dijo haberle cambiado la vida. Y no fue el único, a muchas personas, de las muchas que repletaron el teatro Avellaneda los días 23, 24 y 25 de este mes, les cambió la vida.

En gran medida, el responsable de esta operación no es otro que Freddys Núñez Estenoz, director del magnífico colectivo de actores que prestigia a la ciudad agramontina. Confieso que, antes de ir al teatro este domingo, tenía mis reticencias sobre una obra que tocaba por enésima vez el tema de la emigración cubana y su lamentable corolario: los actos de repudio en los que prosélitos del régimen despedían a los emigrantes lanzándoles, entre consignas y pancartas ofensivas, huevos. Hay que aplaudir, con el ímpetu del público al final de cada representación, la osadía de Núñez Estenoz al remover un tema trillado por el cine y la literatura de la isla, para sacarle tantas luces y sombras no

necesariamente desconocidas, pero sí profundamente dolorosas.

El teatro regresa a sus orígenes cívicos. El siglo XX, sobre todo para los que habitamos, inmóviles, países en los que no abundan las representaciones teatrales, nos dejó esa errada saeta doble: el teatro leído en —y escrito para— libros y el teatro vanguardista, ultravanguardista y postmoderno, que intentó, por un exorcismo válido pero no siempre acertado, cambiar las relaciones entre la escena y los espectadores, emborronando la línea del prosenio y perniciosamente, también, la de la realidad. Teatro del Viento es tan buen hijo de este último como del primero y, como todo buen hijo, se ha rebelado contra los padres superando sus errores, extendiendo sus cotas de creación, sanando la herida abierta de la que los teatristas del XX, en mayor medida después de las guerras mundiales, parecen manar, sin encontrar y en los más de los casos sin proponer curación alguna.

Romper la cuarta pared no es problema para los del Viento, pero llevar a cabo una anagnórisis que desenmascara a los personajes y nos pone delante a la persona real, mientras nos convertimos, por inversión, en personajes, he allí la materia poética, vívida, de este grupo. Los exégetas de *Huevos* tendrán que revisar esta nueva lectura de la obra, que mantiene intacto el conflicto al tiempo que horada la piel del libreto hasta el desollamiento sobre escena. La familia de Oscar, vilipendiada por salir

del país en una atmósfera de “efervescencia revolucionaria”, ya no será sometida a otro acto de repudio, pues los actores y no sus máscaras han decidido abstenerse, limpiar sus rostros envilecidos con la sustancia de los huevos, participar del desagravio que efectúan —no sólo en sus mentes— los espectadores.

El estilo de Núñez Estenoz, clásico en el sentido más estricto del término, nos ofrece un artilugio memorable: un coro de cinco voces femeninas provistas de guitarra y flauta, con el poder de conducir la historia y fungir como juezas de la moralidad actuada. La armonía no llega a ser grotesca, pero los estásimos de estas coristas gritan verdades que traspasan la escena. El parecido con la realidad es tal que, en ocasiones, se escucharon las reacciones de varios asistentes, esgrimiendo consignas antisistema o respondiendo, como si de un debate político se tratara, las preguntas del coro. Estas “válvulas de escape”, como las calificó en una necesaria aco-tación Freddys, son un resultado nada deleznable para cualquier teatrista. Díganlo el Shakespeare que se batía con el público eufórico de El Globo, o los testigos del Villanueva, en el histórico *Perro huevero*, *aunque le quemén el hocico*.

Afortunadamente, ningún mecanismo mágico anula el *éxodo*, parte final de la tragedia en la que el coro desaparece, para disolver el *éxodo* en el que se basa el conflicto. Juego formal e ironía, vencidos por el contexto de la historia y las ansias

compartidas en el auditorio. Por demasiado tiempo en Cuba ha operado un simbolismo enquistador de ideologías y nuestro imaginario es un espejo de falsedades que nunca nos refleja. Aparece, entonces, lo real: “las paredes aún están manchadas” por los huevos del oprobio, los actos de repudio se repiten cuando “todo permanece intacto”, “está prohibido olvidar” en el país donde la memoria te muerde como un perro. Los actores, sin embargo, piden perdón en lugar de los culpables, asumen las culpas de una sociedad a la que quieren sanar con su intervención profética, cívica. No hay cota más alta para el arte verdadero.

(La Hora de Cuba, 25 de julio de 2022)

La cárcel no tendrá dominio

Miles de presos por motivos políticos, pero eso no es nuevo. Periodistas censurados, regulados, obligados a renunciar, pero eso tampoco es nuevo. Madres que sufren, familias hambrientas, jóvenes que escapan o se atascan en el sin sentido, el país arruinado de una punta a otra sin voluntad visible, de parte de los que mal gobiernan, para comenzar a gobernar bien, para intentar, aunque sea sólo una vez y de forma postrera, el cambio que nos conduzca hacia el bien. Nada de eso es nuevo, pero lo terrible es que se está haciendo demasiado viejo, demasiado esclerótico y falto de aire para rectificar.

Un estado homicida incinera a unos jovencitos sin preparación en un incendio cuyas dimensiones superan sus incapacidades. El sistema energético nacional colapsa por completo, sin una razón ni una solución evidentes. Escasea todo, desde la harina para el pan hasta el papel higiénico. El agua no llega de forma constante a ningún hogar ni es enteramente potable. Las enfermedades rápidamente pasan a epidemias incontenibles sin medicinas ni recursos, echando por tierra la propaganda sobre el sistema de salud pública. La educación se atrasa y se idiotiza con doctrinas rancias y un progresismo hipócrita. La enumeración colmaría todas las páginas, sin embargo, ¿qué tiene que ocurrir para que los autócratas mediocres de Cuba,

mucho más mediocres y en varios puntos más autócratas que cualesquiera de sus predecesores, colmen sus ansias de poder en una situación de ingobernabilidad?

El objetivo de todo gobierno es el progreso, el sostenimiento de la paz y la distribución de la justicia, pero a estos infelices —no encuentro palabra más exacta— se les ha ocurrido regir sobre la miseria, mantener al pueblo en un estado de guerra y reprimir con mayor ahínco cualquier atisbo de libertad. En el país de Martí, Agramonte y Varela ha echado a andar una maquinaria leguleya para privar a todos de todo, anulando el bien y la fraternidad, ensanchando cada día más la desigualdad existente entre los que deciden continuar el juego y los que, de una manera u otra, quieren romper esa continuidad a despecho de sus leyes absurdas.

No es posible, en tales circunstancias, aguardar la desmoralización de los que hace rato demostraron no tener moral. La nomenclatura cubana no se siente disminuida porque no conoce, ni conocerá nunca, la grandeza. No hay entre ellos, como abunda en el pueblo, el talento y el genio para hacer avanzar a la sociedad. No hay ningún Gorbachov que, consciente o inconscientemente, se atreva a mover la pieza definitiva. Están estancados en el fracaso porque no frecuentan, por mucho que la pregonen, la victoria.

Los soviéticos fueron al espacio, se convirtieron en una potencia militar y nuclear y persistieron

como una economía nada desdeñable hasta caer de bruces ante la superioridad norteamericana. Los polacos hicieron cine y teatro, los alemanes derrumbaron el muro, los checos construyeron un país modélico. Los ejemplos sobran para percartarnos de que el experimento cubano, replicado en Venezuela y Nicaragua, no tiene que ver, como no sea en la autocracia, con las bases ideológicas que afirman su sustento.

Cuba es un estado cárcel, y el que no lo sepa a estas alturas es porque no quiere saberlo. Ahora bien, nada es tan simple como se enuncia. Una prisión es un lugar en el que la sociedad coloca a aquellos que deben cumplir una penitencia, un sitio para expurgar el mal cometido y alcanzar la redención, para que el individuo, a falta de otro subterfugio, logre recomponerse en el camino del bien y pueda ser reinserto en el sistema. Pero en Cuba, si se aplica el nuevo Código Penal, podría ir a la cárcel la mayoría de los ciudadanos, sin haber cometido otro pecado que el de atreverse a ser y pensar por sí mismos y en pro del bienestar social. En Cuba, la cárcel no es redentora ni siquiera para quienes sí actuaron mal, porque lo que aflora en la superficie es otro infierno y todos estamos caídos mientras no nos levantemos.

Por suerte, o destino, los que nos levantamos ya no somos un oasis en el desierto. Los pequeños pueblos comienzan a perder la extrañeza que hasta entonces había sido la realidad de la nación. Aun

sin un programa político, la conciencia nacional adquiere cuerpo y forma allí donde sólo le era permitido, auténticamente, encarnar: en la ciudadanía, en el hombre y la mujer de a pie y obstinados, en los viejos decepcionados, en los niños —¡horror!— golpeados. Como la cofrade que aspira a esclavizarnos vive todo el tiempo en la ilusión de la mentira, se consuela forjando los barrotes de una cárcel total e imaginaria, donde encerrar no ya a personas, sino a las ideas mismas.

¿Hasta cuándo van a estirar la distopía? ¿No se dan cuenta de que en el momento en que los vimos como son, en su miseria lamentable, en el momento en que los rechazamos y los condenamos, y en ese posterior momento —rezo por ello— en que los perdonemos, ya somos libres? No, amigos míos, yo no me caí de ningún caballo para decirles estas cosas, para decirles hoy puntualmente, con respecto a su proyecto maligno: ¡la cárcel no tendrá dominio!

(La Hora de Cuba, 5 de septiembre de 2022)

La caridad que nos falta

Lévi-Strauss afirmó que la traducción de un mito es siempre otro mito: un teorema aplicable tanto a las religiones (judaísmo-cristianismo), como a la política (capitalismo-liberalismo), pero lo que a mí me desvela es hasta qué punto los mitos, o dicho de forma menos grave, las creencias, moldean una sociedad y acompañan a una nación a veces desde su mismo surgimiento. Con mayor fuerza que las mutables y cegadoras ideas, las creencias, mitos y leyendas se enquistan en nosotros abriéndonos los ojos ante lo que nos negamos a ver: aquello que en el fondo somos.

En Cuba, donde el monstruo mitológico del comunismo nació en su malformación estalinista, hay a pesar de esto una creencia arraigada que sobrevive desde hace más de cuatro siglos. El culto a la Caridad, no necesariamente a la virtud teológica del catolicismo, sino a su plasmación en la Virgen, madre de Dios para los católicos, Ochún en el sincretismo yoruba o Cachita en la sabiduría popular, viene jalonando nuestras hambres espirituales desde el momento en que amasamos el barro primigenio del nacionalismo.

Parece una revelación harto significativa: por el lenguaje de la fe heredada de la madre patria, la madre de esa fe comunicó a unos mestizos —la nueva patria— su virtud rectora. “Yo soy la Vir-

gen de la Caridad”, estaba escrito en una tabla que fijaba la figura hallada en el mar, según contó uno de los alucinados testigos. Los tres mestizos, no criollos, fueron en busca de sal y encontraron la sal de la vida. Así de simple.

Cuando de niño escuché la historia no podía hallar la raíz del milagro. Aun siendo de una ciudad de tierra, tropezarse un objeto flotando en el mar se me antojaba la cosa más corriente del mundo. Pero allí estaba la tabla legendaria con la famosa inscripción, que me atraía sobre el niño-dios en la mano izquierda o la cruz de oro en la diestra. Desde entonces ese pedazo de madera no ha dejado de ser tabla de salvación para mis compatriotas y, debo decirlo, para mí también.

La Virgen transitó desde la bahía de Nipe hasta el santuario de El Cobre, donde se le venera hoy. Como los españoles arrasaron en la isla con la escasa riqueza y población precolombinas, nuestra Virgen tardó en acriollarse. No había con qué. A diferencia de México, donde los jesuitas crearon el mito de Tonantzín-Guadalupe para llegar al corazón azteca, la nuestra se fue mixtificando con las cepas que poco a poco esparcía el nuevo hombre de la patria. Al igual que este en lo político, la actitud del culto extendió la distancia con el catolicismo rancio de la metrópoli. El oro de la cruz, que hubiera desquiciado a los mexicanos, fue sustituido simbólicamente por un mineral autóctono y pobre en comparación con el primado metal, pero rico en cuanto

a que provenía de la tierra de Santiago de Cuba, por aquella época llamada simplemente... Cuba.

No intento aquí un panegírico nacionalista de uno de nuestros mayores símbolos, pero nótese que una réplica de la Virgen presidía los altares de las casas de muchos potentados criollos en la colonia; que su imagen acompañó luego a las huestes mambisas, cuando estos potentados renunciaron a sus riquezas por la gloria de la patria, y que en 1962 nos topamos nada menos que a Fidel Castro sosteniendo una Virgen de la Caridad y postulándose a delegado del parlamento como representante por el poblado de El Cobre. Cuando el símbolo llega a los estratos de la manipulación, uno comienza a mirar en sus raíces, podridas por la historia.

La advocación mariana nos pedía fijarnos en la virtud, pero nos hemos concentrado, oportunamente, en el patrocinio. Si ella es la caridad podemos reclamarle lo que sea, para eso se nos ha aparecido a nosotros, pobres víctimas de las circunstancias. ¿Acaso ya nos atrevimos a repetir la caridad de los patricios del XIX, saliendo en minoría a la manigua para alcanzar la libertad de todos? ¿Somos siquiera caritativos con el prójimo, al que durante años denunciábamos al poder totalitario y al que seguimos dejando desamparado en las cárceles de Cuba? La caridad se opone a la envidia y a la animadversión. ¿Cómo, entonces, permitimos el avance de las fuerzas oscuras de la revolución castrista? ¿Cómo las seguimos tolerando hoy?

Cuba es un país laico, mas no en el sentido en el que es laica la república francesa; no somos devotos como los mexicanos, ni moralistas como los estadounidenses. Nuestra religión oscila, causa y consecuencia de la pasividad política y la ausencia de libertad, entre la fe desesperada del penitente y el regocijo del fanático. A la caridad de nuestro bautizo nacional la traducimos, antonomásticamente, en solidaridad, que unos pocos y más tarde muchos se encargaron de convertir en socialismo, miseria y desarraigo.

Pero la caridad no es la limosna ni el agasajo, aunque sean sus sinónimos en el diccionario de la lengua. La caridad que necesitamos los cubanos no puede ser un mito trocado de otro mito, sino una verdad que seguimos sin comprender y que, de no comprender nunca, nos sorprenderá naufragando a la deriva. La caridad es amar a Dios sobre todas las cosas y a los demás como a uno mismo. De lo primero, ya Antonio Machado demostró sus dificultades para lograrlo. En cuanto a lo segundo, te toca a ti, cubano, aprender a respetarte como individuo y como ser social, antes de aspirar a construir una sociedad justa y caritativa. Que la Virgen de El Cobre nos ayude.

(La Hora de Cuba, 8 de septiembre de 2022)

¿Quién ganó?

Me temo que, como sucede con algunas catástrofes, los comentarios de cualquier tipo, los debates de los especialistas de última hora, los resentimientos y las lamentaciones seguirán marcando el foro cubano de las redes sociales, las esquinas de barrio y cuanto espacio reúna a más de un compatriota para hablar del referendo por el nuevo Código de las Familias. No repetiré las cifras ofrecidas por el régimen porque todos, a estas alturas, las conocen: ganó el Sí, seguido de las abstenciones y del No y, en medida escasa, las boletas no válidas. Sin entrar en un análisis de los postulados de esta ley, harto debatida antes del plebiscito, hagamos un recuento de atrás hacia adelante de las opciones en juego, sus posibles motivaciones y sus significados, para intentar desentrañar un poco la pregunta de ese vecino que sigue perdido en el mapa: ¿quién ganó?

Como mi vecino, el observador ajeno a nuestra historia no tiene idea de la violencia de datos a la que se nos acaba de someter. En más de sesenta años de dictadura y totalitarismo, el único precedente comparable es el referendo que en 2019 se planteó la aprobación de una nueva constitución, más acorde con un régimen que no es nuevo, pero que sigue necesitando dar una imagen fresca a las economías liberales de las que depende para subsistir. Con todo, 134 páginas de una ley adjetiva pa-

recen un abuso que excede no sólo a la ley de leyes, sino a la base de toda ley, que es el consenso de intereses de los ciudadanos. Un abuso pensado desde la vieja lógica del divide y vencerás, al que hay que sumar el ahínco del presidente designado, Miguel Díaz-Canel, en continuar la dialéctica de todos o nada con respecto a la cada vez más etérea revolución. “Todos los pícaros son tontos”, decía Martí.

Bien, el régimen celebró el Sí como una victoria que no le pertenece, pero que había hecho suya desde la única campaña permitida. Este hecho movió, con maléfica intención, el centro del debate a ese núcleo rancio y asfixiado del sistema. En medio de una ley tan vasta apareció la limitada dialéctica del poder, cuyo verdadero interés no radica en el código o en los derechos que representa, sino en su supervivencia a costa de rumiar en la conciencia del pueblo. “La orden del combate”, una vez más, fue dada. Este carácter acomodaticio, torpe y cobarde es el que distingue, y malogrará, a los líderes de la continuidad en relación con los guerreros que tomaron por la fuerza sus posiciones. Pueden estar festejando una victoria pírrica en el foro, pero me atrevo a asegurar que están temblando en sus casas.

Sin embargo, ateniéndonos al mismo foro, puede deducirse que esta dialéctica causó más efecto en el Sí, que en quienes optaron por el No. Los pícaros lo sabían y esgrimieron lo contrario con lastimeras acusaciones al “imperio” y a actores

externos. Aunque mi voto personal en otras circunstancias hubiera sido Sí, debo reconocer que lo que prima en la sociedad actual cubana son los partidarios del No. Muchos de los que se oponen al código no fueron a votar, otros fueron y marcaron Sí temiendo las represalias de costumbre en un estado policial y un considerable número, sincera y valientemente, se llegó a las urnas para ser coherentes en su rechazo. Estos últimos cuadruplicaron el No de 2019 a la constitución, y este es un hecho a tener en cuenta. Algunos de ellos se sienten dolidos en sus esperanzas frustradas, síntoma de la intensa campaña independiente que esta opción motivó en las redes.

Del segundo grupo, los que no votaron, puedo hablar con propiedad, pues fue mi camino a seguir. No es cierto que la desidia o el apoliticismo motivaran las abstenciones. Felizmente, y de ello hablan mejor las estadísticas, la pasividad política no signó estas elecciones. ¿Cómo votar en un proceso electoral cuya única posibilidad de campaña legal se la agenció el régimen, en unas votaciones sin observadores independientes y colmadas de agentes de la llamada Seguridad del Estado, en un país donde no hay voluntad gubernamental para discutir los derechos humanos elementales, en medio de una crisis económica que no vislumbra solución, en un orden de cosas anormal e injusto, cuando los gobernantes amenazan, acosan y encarcelan a quienes vayan contra sus intereses autoritarios...? La enu-

meración daría para llenar las páginas de otro código, el que de verdad nos urge y no este proceso que una segunda minoría nos negamos a legitimar.

Por último tenemos a los que ratificaron la ley que ya había aprobado el parlamento y que se encontraba, presuntamente de manera “no vinculante”, publicada desde el 17 de agosto pasado en la Gaceta Oficial de la República. Sacando de este grupo a los que se dejaron victimizar por la dialéctica del poder, a los “comprometidos”, a los institucionalizados, a los burócratas y otras especies, tenemos a un buen número de miembros de la sociedad civil que marcaron Sí respondiendo a sus opiniones autónomas, en consecuencia únicamente con sus principios e intereses personales o de familia. Ese conjunto merece respeto, aun cuando se haya tratado de votar en dictadura; representan una falange de la población, que, quizás ingenuamente pero a pesar de ello, decidieron valorar sus necesidades vitales por encima del deseo aniquilador del totalitarismo.

¿Quién ganó?, interrumpe ansioso mi vecino. Si miramos las gráficas, frías como todas las gráficas, el resultado es una tautología que alegra a unos, molesta a otros y que a nadie deja impávido. El Sí es mayor que las abstenciones y el No, pero no es superior a la suma de estos, y eso, desde el punto de vista de la dialéctica, debe tener ocupadas las cabezas de los dictadores. Esa es la gráfica que analizarán los muchachones en el Palacio de la Revolución, cuando aún no han digerido el hecho

de que miles de personas salieran a manifestarse contra el poder el 11 de julio de 2021. Esa la historia que contarán cuando tengan que deponer al testafarro, que en cada oportunidad para regalar un mínimo de libertades, ha abierto una brecha a la insurrección y la protesta.

El código entrará en vigor, para disgusto de muchos más de los que lo expresaron y el régimen tendrá que lidiar con una ley que dinamita las bases del Partido Comunista de Cuba y que podría convertirse en un arma de doble filo. Pero esta especulación pertenece al dominio de la siempre imprevisible historia. Lo tangible para la demanda sobre la ganancia es la suma de las actitudes positivas en cada opción. Sin democracia institucional, hemos hecho, la mayoría, nuestra propia democracia, al marginar y destruir a la dialéctica mezquina, escogiendo entre negar, abstenerse activamente o aceptar en atención a nuestros derechos. La política no es un juego de oposiciones, sino la guía y la respuesta al consenso. No es la imposición de Yo, Tú o Él, sino la suma que registra el Nosotros. Cuando hayamos recuperado totalmente la dimensión de esta palabra, discutiremos mejor la necesidad de un código para regir nuestras voluntades o deseos. Por ahora, desde la misma perspectiva que nos condujo en las elecciones, la ganancia es positiva.

(La Hora de Cuba, 26 de septiembre de 2022)

Independencia y periodismo

“Incluso si mañana, por las razones que sean, ustedes o sus jefes legalizaran y apoyaran a los medios libres, yo seguiré haciendo periodismo independiente”, le dije a aquel estupefacto agente de la Seguridad del Estado, que hacía sólo segundos me había propuesto colaborar en los periódicos oficiales. El mismo agente, da igual el nombre, el cuerpo o la persona, que acosa a mis colegas y los obliga a renunciar. El mismo estado que convierte en leyes la censura y la represión. Los mismos medios que reproducen las mentiras del régimen y donde publican sus diatribas esa piara de lacayos que rubrican los mensajes del poder.

“¿Y qué entiendes por periodismo independiente?”, me preguntó tras la pausa forzada que es la señal inequívoca de que los has sacado del guion. “Es hacer periodismo sin depender de ningún gobierno”, le expliqué, “más allá de la conformidad o la contradicción...”. En ese instante, y con una suerte de improvisada omnipresencia, un segundo agente apareció para salvar del apuro a su curioso compañero. Como un relámpago se lanzó al discurso ideológico, plagado de lugares comunes, y tras casi una hora de cháchara se erguía orgulloso de sus argumentos: que si la tal independencia no existe, que si el dinero viene de dónde, que si el que paga ordena y el pagado obedece, que si...

Desde luego, lo dejé terminar, y contesté sencillamente que sus razones podrían aplicarse al caso del régimen cubano y sus mecenas históricos, pero no al periodismo auténtico.

En realidad, mi respuesta se quedó, como la capacidad de los agentes para entenderme, corta. El periodismo independiente no admite ninguna influencia de tipo político, estatal o gubernamental. No responde a ningún activismo predeterminado, como no sea a la causa de la verdad objetiva y sin maquillajes. El periodismo fue independiente, ¡vaya perogrullada!, antes de que los periodistas se agruparan en medios y los partidos y gobiernos se percataran de la enorme potencialidad de estos para difundir sus ideas. Ahora, con el apogeo de las redes sociales y el alcance de internet, las noticias suelen llegar primero a la audiencia, sin pasar por los filtros convencionales y las tendencias de los periódicos.

Estamos, supuestamente, en la era de las democracias, y que exista un fenómeno como el periodismo independiente es un buen síntoma, pero si tenemos la necesidad de definir en independiente o no el periodismo, es quizás porque ese síntoma delata la enfermedad de nuestras prácticas democráticas. De este hecho parten muchas organizaciones encargadas de monitorear las libertades en las naciones contemporáneas: respetar y conservar en número los medios independientes son señales positivas para la emancipación de la

prensa, el pensamiento crítico y la expresión de una sociedad. Saliendo por un momento de Cuba, hay que admitir el lamentable hecho de que el periodismo independiente parece estar en vías de extinción en cualquier parte.

El principal enemigo de la prensa libre es el autoritarismo. Cuando en otra época los dictadores simple y llanamente anulaban toda libertad de prensa, cayendo luego por el propio peso de esta medida, los actuales “dictadores de barrena” (*spin dictators*), como los llama el politólogo ruso-francés Serguei Guriev, han aprendido una estrategia que les garantiza un mayor tiempo en el poder y la posibilidad de influir, y por tanto enfermar, a las sociedades. Comprando, coaccionando y controlando mediante mecanismos estatales y jurídicos a los medios de prensa, consiguen manipular la verdad, torciéndola como en la acción de una barrena que horada las paredes. Y esas paredes son, lastimosamente, los pilares mismos de una sociedad democrática. Sólo así pueden explicarse los retrocesos abruptos en el camino hacia la democracia de ciertos países. Lo comprendieron a la perfección Chávez, en Venezuela; Erdogan, en Turquía; Putin, en Rusia; Orban, en Hungría o el caso de Polska Press, en Polonia, por citar los ejemplos más notables.

Pero no sólo en Europa oriental o los autoritarismos de Latinoamérica adolecen en este sentido. En Estados Unidos, los grandes emporios adquier-

ren las cadenas de noticias, que a su vez devoran a los medios independientes, a pesar de que la rentabilidad de estos no se compara con sus principales negocios. ¿Para qué? Basta mencionar, para no extendernos en el comentario, la influencia de las empresas en las campañas electorales y en general en el rumbo de las administraciones políticas en ese país. A ello hay que sumar la acción dilatada de recopiladores de noticias como Facebook y Google, para entender cuán amenazado está el periodismo independiente. El Premio Nobel de la Paz, en 2021, fue un guiño, insuficiente, a este serio problema.

El caso de Cuba es aún más patético. Empeñados en el viejo modelo de dictadura, los monigotes de la continuidad apuestan por un inmovilismo y una cerrazón que acabará por liquidarlos en todos los planos. ¿Cuándo?, preguntan algunos. Ya lo estamos viendo, responden otros. Fidel Castro, siempre detrás del palo a pesar de sus aires de genio, abrió la década de los sesenta en Cuba con un renovado estalinismo, justo cuando el mundo señalaba con el dedo los crímenes de Stalin. Entre sus tantas traiciones al corazón de la patria, eliminar la independencia de los periódicos bastó para que a muchos se les agotara el entusiasmo revolucionario y se convencieran de que lo próximo sería lo trillado de las revoluciones frustradas: la guillotina y el terror.

La resurrección del periodismo independiente tendría que esperar casi cuarenta años, tras la

primera de sucesivas crisis que seguimos padeciendo e inspirados por el efecto de la *glasnost* en la caída del régimen soviético. Durante algunos años, un envejecido Castro permitió que creciera esa raíz de libertad, mientras meditaba sus estrategias venideras. Casi podría asegurarse que la táctica de apertura y barrena pasó por su cabeza; sin embargo, para esas aventuras hace falta juventud y un *daimon* menos arrogante. Luego de la Primavera Negra de 2003, los brotes fueron cortados pero la raíz continuó pululando bajo tierra. Su hermano, sin verdadera vocación para dictador, no pudo contenerla, y el sucesor de este ha tenido que lidiar con el auge del periodismo independiente, acudiendo a viejos y hoy ineficaces métodos.

¿Qué sigue? No lo sabemos, pero es muy probable que, superada la generación castrista, la continuidad adopte y adapte la realidad de sus dictaduras hermanas. En todo caso, para quienes nos obstinamos en hacer periodismo de manera independiente, para quienes nos leen y para aquellos políticos que aspiren a la democracia en Cuba, deben quedar claros el valor y la misión del periodismo independiente. Democracia es, en su definición más simple, diálogo, y en ese diálogo el periodismo independiente es un órgano vital. Cuando nos negamos a escuchar, o cuando suprimimos de la conversación aquello que no queremos escuchar, ya estamos condenados y condenamos a la sociedad. El soliloquio conduce a la insania, y el soliloquio

del poder al caos. Tengo fe en que, por muy alta y ruidosa que sea la voz de los gobiernos, siempre alcanzarán los oídos para escuchar al solitario que habla por todos.

(La Hora de Cuba, 10 de octubre de 2022)

Resistencia y cultura

En 2014, el dictador Vladímir Putin, esa mezcla de boyardo y mafioso, abandonó su habitual lenguaje soez para pronunciar unos versos del poeta nacional ucraniano Taras Shevchenko. Rusia se anexaba Crimea y el manipulador ex profeso saqueaba al símbolo cultural soslayando la historia iconoclasta del poeta. Para hacernos una idea, baste decir que Shevchenko es a Ucrania lo que José Martí a Cuba. En Kiev, desde un parque, una plaza, una calle, hasta establecimientos, bibliotecas y la universidad llevan su nombre. Ocho años después, y tras meses de la invasión rusa al territorio ucraniano, las tropas de Putin apuntan a la mayor estatua de Shevchenko en Kiev. Fallan. El pueblo de la capital reacciona: “¡mientras más nos bombardeen, más nos unimos!”. La reacción llega hasta Járkov, y en la ciudad liberada de Balakliya, donde un cartel prorruso ponía “¡Somos un pueblo con Rusia!”, un soldado ucraniano levanta los versos de Shevchenko: “¡Lucha y vencerás!”.

El dictador y los amantes del poder en el mundo están perplejos. ¿Cómo es que David ha logrado vencer, por enésima vez, a Goliat? Enceguecido por el ego, Putin es más Polifemo que Goliat. Sin embargo, cuando el pueblo lanza su honda contra el ojo oscurecido, no es el impacto o la ceguera lo que derriba al poderoso, sino su separación de

las raíces, su desarraigo convertido en ilusión y pesadilla, que le impide sostenerse en el suelo. La naturaleza es el único poder real perdurable y la humanidad que aspira a usurparlo se traiciona; la humanidad no es el poder, sino la resistencia a las condiciones de la naturaleza. Al fruto de esa resistencia, cosechado con paciencia por los pueblos, le llamamos cultura. David, el pastor que baila, vence al peregrino Goliat. La sabiduría de la tradición, brote fértil de la cultura, decapita a la inflada estulticia.

Discutiendo sobre la guerra con un fanático cubano que se declara prorruso, le pregunté en esa lengua —que comencé a estudiar justamente en febrero, cuando caían las primeras bombas en Ucrania— si había leído a Dostoievski. “Niet”, contestó, y su negación me dejó helado, cavilando en la posibilidad de que algún ruso o, peor, algún ciudadano de un país democrático, se declare pro-cubano sólo porque se identifica, digamos, con la nariz de Díaz-Canel. ¿Cuándo vamos a entender que los dictadores no son representativos de ninguna cultura, sino un resultado amargo de la perversión de la cultura? Ahí tenemos a Putin, el superhombre ruso, para nada genial y totalmente frustrado, envileciendo a su nación; en cambio su archirrival, Volodímir Zelenski, un actor, cantante y humorista convertido en político, conecta las cúpulas doradas de la Rus de Kiev con los castillos de Europa.

En Cuba, donde la cultura de la resistencia apenas empieza, ha habido, aunque no siempre sagrada, una relación entre resistencia y cultura. No voy a abundar en los ejemplos que año tras año recuerdo a mis conciudadanos por esta magna fecha. La cultura es hija y madre de la resistencia, y de su unión fecunda surgen las nacionalidades. La cubana, lejos de ser excepción, es una distinción poderosa. Donde quiera que llega un nacido en esta tierra, carga con un pedazo de cultura que muy pronto echa raíces en la tierra nueva, mientras, en dirección opuesta, una resistencia incontenible sofoca sus conatos de asimilación. Esta doble pulsión es la herencia directa del proceso formador de la patria. Cubanos cultos, incluyendo al negro Aponte, hicieron las primeras rebeliones. La cultura salvó a un padre fundador, Céspedes, del proyecto dictatorial e iluminó a otro, Agramonte, en su trayecto militar. Quintaesenciada en Martí, nos condujo a la rebeldía efectiva y a la libertad.

Este enlace entre los altos valores de la cultura y la resistencia, si es que al cabo no son el mismo valor, fue muy rápidamente pervertido en los albores del siglo XX. Yarini, un chulo de San Isidro, fue el personaje más admirado de la primera etapa republicana. En la segunda, sobre los años treinta, aparecieron los caudillos: Machado, Batista, Castro. Tanto el chulo como el guapo son engendros de esa perversión que da forma y realidad a la figura del dictador. La mayoría de los intelectuales no

tables del XX no sólo no se resistió a tiempo, sino que se plegó a destiempo al nuevo régimen. Desde entonces nos ha tocado sufrir las consecuencias del divorcio entre cultura y resistencia. El himno de Perucho Figueredo quedó asfixiado entre los himnos al estilo soviético. Los guapos se sucedieron en el poder hasta la enfermedad o la muerte. San Isidro tendría que esperar más de medio siglo para que un artista del temple de Luis Manuel Otero le devolviera su dignidad. La resistencia y la cultura volvieron a unir las manos en la noche del 27 de noviembre de 2020.

Frutos del pueblo, el destino de toda resistencia de la cultura es volverse llana y tenaz resistencia. Los sujetos culturales ya no son más el adjetivo de la rebeldía, se van a un lado, se objetivan, pues ahora lo importante es salvar esa cultura que la hegemonía sabe muy bien pervertir. Es este el instante glorioso en el que un pueblo aparta sus demandas puntuales para exigir a *magno parva* lo que realmente vale la pena: libertad, democracia, justicia. Sólo aquí se comprende a cabalidad aquello de Martí: “ser cultos para ser libres”. Al resistirse frente al poder, la cultura da a luz a la conciencia nacional. Libertad, democracia y justicia son los nombres de ese alumbramiento. La resistencia de los cubanos difiere mucho de la del valeroso pueblo ucranio bajo las bombas y la amenaza nuclear de Putin, pero en la suma de todas las resistencias que conforman a la humanidad, el simple gong de

los calderos ensordece al común denominador de los tiranos. Aquí o allá, ciudadano de esta isla que es el mundo entero, no escuches el discurso fácil y estólido que te hará esclavo. Oye a Shevchenko y a Martí: ¡lucha y vencerás!

(La Hora de Cuba, 20 de octubre de 2022)

Mi patrocinador se llama José Julián

Hace unos meses, en una discusión sobre política internacional con un amigo, y como suele ocurrir con casi toda discusión medianamente culta en este país, a mi interlocutor le pareció oportuno espetar, sacada de contexto, una frase martiana. El “golpe” era bajo, a sabiendas de mi fascinación con el Apóstol cubano, pero tratándose de Martí, necesario y fecundo. “Patria es humanidad”, dijo mi amigo para contrarrestar mi serenidad ante una situación foránea en la que había triunfado la democracia, a expensas de la derrota del bando político que nos simpatizaba a ambos.

Sí, no cabe duda de que, en el sentido usado por mi amigo y para un hombre como Martí, que pasó más de la mitad de su vida en el exilio, la humanidad entera es una patria. Sin embargo, el orden exacto de las palabras en el más grande genio cubano me obligó y me obliga desde entonces a pensar en ese otro sentido que coliga el sacrificio y la dilatación de la patria en una instancia mayor. El teorema es biunívoco, pero lo que urgía a la patria a la que hablaba Martí, sigue siendo un reclamo puntual en la Cuba de hoy: la patria es, debe ser, precisa ser ante todo, humanidad. La patria para el maduro José Julián no es ya sólo “la tierra que pisan nuestras plantas”, sino algo que demanda crecimiento y altura, universalismo y co-

muni3n, pasado y futuro, confrontaci3n y di3logo. Pero Mart3, como siempre, dice m3s, y aclara que la patria “es aquella porci3n de la humanidad que vemos m3s de cerca, y en que nos toc3 nacer”. Luego de la ampliaci3n, la f3rmula se contrae para aterrizar en la realidad, en una realidad que nos convendr3a recordar y citar, ahora s3, en contexto.

Cuando ten3a mi edad, veintiocho a3os, Mart3 era ya un sacrificado de la patria, y aun as3 sacaba tiempo para escribir el mejor periodismo en lengua castellana de su 3poca, en una secci3n que titul3 “Constante”. A m3 me encantaría llevar con cierta constancia una secci3n como esta, no para emular en temas variopintos a la abarcadora palabra del Ap3stol, sino para recordarles a ustedes que nos leen, esas f3rmulas martianas sacadas a la luz cuando la oscuridad nos amenaza. No dudo que m3s de un cubano se consolará pensando en aquello de que patria es humanidad mientras palea la nieve que le atasca el carro, o cruza una frontera que lo lleve al a3orado exilio, o hace una cola de meses para obtener el pasaporte, o busca un patrocinio para escapar en la nov3sima ley migratoria. Demasiado pronto nos olvidamos de aquello que nos toc3 hacer all3 donde nos toc3 nacer, que es nuestra porci3n de humanidad m3s inmediata. ¿C3mo habremos de conquistar la vida en otra parte, cuando la hemos perdido aqu3?

Queridos compatriotas, perm3tanme decirles que “del sol no se sale”. Pueden marcharse, cabiz-

bajos o no, al rincón más oscuro del planeta, pero el sol de la patria estará siempre allí. En mi caso personal, me restan muchos tomos por leer del santo y seña que nació hoy, hace ciento setenta años. Mi conquista del mundo empieza por la conquista de mi casa y mi patrocinador se llama José Julián.

(La Hora de Cuba, 28 de enero de 2023)

La gracia de los caídos

Buscando y rebuscando en esos sitios para bibliófilos en los que aparece de todo, desde el manual sobre *Cómo ser un buen comunista*, de Liu Shao Chi, hasta la última novela de Jaime Bayly, encontré un ejemplar a la venta de *Cada cual a lo mío*, ese hermoso libro en el que Jorge Fernández Era se ríe de la estupidez humana con un humor que subtítulo “bruto, para gente no tan bruta”. No sé si los oficiales de la Seguridad del Estado —gente, sí, brutísima— que detuvieron hace unos días al escritor, habrán leído las historias del libro, o si lo harán en este momento, en el que al aparato represivo todo ente pensante, y más, coherente, le parece un zelote que destruirá las puertas del imperio con una... carcajada.

Así de débiles son, y sólo ellos saben hasta qué punto débiles. Mientras tanto Fernández Era ya ha sumado dos textos magnos al futuro volumen o a una edición ampliada de sus *Cruentos de humor*: uno, la narración de los sucesos del pasado 6 de abril; otro, la liquidación más que merecida de cierto legisperito ambiguo de la corte castrista. Pero volviendo a mi revolico ilustrado, a ese *aleph* de libros en el que hallé a Fernández Era sonriendo con sorna desde una carátula gastada, debo hacer justicia al heroico vendedor que por sólo cincuenta pesos cubanos nos ofrecía llevar-

nos a casa al humorista que, según los rumores de alguien, “había caído en desgracia”.

¡Cuánto tiempo desde que escuché, por última vez y en una conversación familiar, la manida frase! Cuántos “caídos en desgracia” desde entonces, aunque a mí, que nunca dejé de parar mientes en el significado de la frase, se me figuraba que en Cuba la cifra de los “caídos” debía pasar con mucho los once millones, contando a los voceros de la frase y a millares de interlocutores que hablan a *mezzo voce* de la “desgracia” de los otros, sin reparar en la desgracia personal, en la mayoría de los casos más real y cenagosa. Decir que un hombre cívico, por ejercer sus derechos y practicar a diario el culto a la dignidad plena del ser humano, ha caído en la “desgracia” de no ser agasajado por los simpatizantes de la represión y la censura, es cuando menos un chiste de mal gusto.

Se puede afirmar, casi con absoluta lucidez, que la “desgracia” a la que llega ahora Fernández Era es un oasis en medio de la asfixia totalitaria. Un espacio impoluto poblado por los mejores hijos de la isla, sean escritores, artistas, activistas, obreros, hombres y mujeres de bien que han preferido siempre la soledad de un Próspero a convertirse en Calibán de las instituciones. Los caídos, aún los que ya no están, construyen desde esa oscura raíz que a veces asoma por las claraboyas de sus desgracias, el futuro agraciado de la nación. Díganlo, si no, esos jóvenes que exigieron la libertad

del escritor a las afueras de una estación de policía o su colega detenida a cientos de kilómetros por idéntico reclamo.

Cada vez que alguien en Cuba, o dondequiera que se ausente la libertad y florezca el eufemismo de la represión y la muerte cívica por decreto —verbigracia, la Nicaragua de Daniel Ortega—, caiga en desgracia, el resto debería saber que es preferible una caída a tiempo, incluso si es, como reza el dicho, para caerse de la mata, que la bufonada fácil y servil de reírle las gracias al dictador. Aun si el precio es la cárcel en la que permanecen injustamente Luis Manuel Otero, Maykel Osorbo, José Daniel Ferrer y otros centenares de presos políticos en la isla, esa luz de la dignidad contiene toda la gracia que, en el sentido espiritual de la palabra, necesitamos.

Pero también en el otro sentido, cubanos de todas las orillas, ¿no les parece que el hambre de poder acidula el carisma y la letanía autoritaria nos amarga el cuento? Para que, superadas las desgracias, nos ríamos de ellas como de una broma de Fernández Era, empecemos por entender la gravedad del presente, practiquemos la solidaridad con el que se atreve a ser grave y, superado el miedo a la caída, aprendamos entonces su lección certera, que es no volver a tropezar.

(La Hora de Cuba, 16 de abril de 2023)

Martí y la muerte necesaria

Hay en *La Edad de Oro*, en esos, los más hermosos editoriales escritos en lengua castellana y que Martí tituló simplemente “La Última Página”, una idea que se repite, quizás como reflejo innato de la obsesión que fue para el autor en pensamiento y acción. La muerte vista sin tapujos, mostrada a los niños y a los padres como algo no feo, como la cosa “más difícil de entender” y a la que hay que mirar siempre de cerca, recorre los cuatro números de esta obra esencial. Incluso es un personaje en un cuento memorable. Para el adolescente que enfrentó una condena de muerte, que profetizó su propia muerte en un poema épico y se convirtió en un adulto dispuesto en todo momento a morir por el crecimiento de una nación que había nacido de la muerte de tantos cubanos, perder la vida era ganarla como lo que es: un compromiso irrenunciable con el bien y la justicia.

Pero no hay que confundirse, Martí no era ni un suicida ni un temerario. Su repentina caída en combate no fue consecuencia del desaliento, la inexperiencia o la demostración patética de arrojo que algunos han señalado. Estúdiense el siglo XIX para entender por qué la heroicidad era un valor como en otros siglos había sido la santidad para la fe cristiana y por qué en el XX, agotado por las grandes guerras, el heroísmo pasó a un segundo plano para

dejarnos en un mundo en el que sólo podemos — cuando podemos— aspirar a ser justos. Martí, me atrevo a decirlo, reunía para sí y dentro de la causa a la que había dedicado su existencia, cualquiera de estas virtudes; sabía que la muerte, si era necesaria, sería “como la almohada y la levadura, y el triunfo de la vida”. Caer fulminado por las balas en Dos Ríos era, por tanto, un daño exiguo para la revolución que había echado a andar por sus propios pasos y sabría continuar a partir de allí como una obra, más que de rebeldía, de resurrección.

Creer, como quería aquel trovador republicano, que “Martí no debió de morir”, es contribuir al mito embalsamador que nos aleja del misterio de su muerte. Ya los genios de José Manuel Poveda y Gastón Baquero se encargaron de imaginar al Martí abatido por la infausta tarea de enderezar el alma en ciernes del cubano. Aun hoy parece absurdo suponer que un centenar de naturalezas apostólicas es lo que hace falta para salir, por la fuerza de ese empuje, del cieno en que nos hemos sepultado. Lo importante es comprender esa necesidad de la que habló Martí para asumir el sacrificio de la vida, para aceptar como un deber la libertad y emprender su conquista hasta la muerte. Háblese a los niños de los héroes que murieron en una guerra cruenta o de las culturas que festejan a sus difuntos, que de una página a otra se hallan en *La Edad de Oro*. Hábleseles del hombre que no tuvo reparos en morir cuando intuyó que era necesario.

Y, sobre todo, comencemos a pensar en esa hora inexcusable en la que seremos, por fin, verdaderamente iguales, pero a la que sólo algunos, los más osados, llegarán siendo libres.

(La Hora de Cuba, 19 de mayo de 2023)

¡Viva la República!

Siempre me pregunté cómo, habiendo dirigido un golpe armado contra el gobierno que presidía con mano dura un militarote, a Fidel Castro se le concedió la amnistía que lo sacó de prisión tras pasar veintidós meses de los quince años de cárcel a los que fue condenado. En cualquier otra parte, y en Cuba después de 1959, el castigo se habría aplicado con toda severidad. En el adoctrinamiento escolar al que estamos sometidos desde niños, se nos habla de un par de razones ensalzadoras de la figura del asaltante y alejadas de la realidad que reflejaban los principales rotativos de la época. Lo cierto es que no hubo ninguna presión popular conmovedora para el régimen ni el suceso fue una noticia tan relevante, más allá de ensalzar al militarote que aparecía ahora vestido de dril blanco, ateniéndose a las leyes de la constitución de 1940 —que él mismo había restituido— para dejar en libertad a un mercenario. La de Fulgencio Batista fue la amnistía número 118 que conferían los gobiernos republicanos, y en ese año además se otorgó el domingo 15 de mayo, como regalo a las madres en su celebración y previo a la mayor festividad nacional: la fundación de la República, un día como hoy.

Batista, como todo guapo, subestimó a su enemigo, otro guapo. Si pensamos en el éxito que alcanzó Castro tras la llegada al poder y el fanatismo

que generó en no pocas personas inteligentes del planeta, el que alguna vez fuera subestimable se nos borró de la conciencia. El culto a este líder carismático pero no popular, astuto pero nunca certero, orador verborreico y político ladino, nos ocultó por un tiempo demasiado largo su verdadera poca monta. En el ágora de la república, en el que brillaban las buenas estrellas de Jorge Mañach, Carlos Márquez Sterling, Roberto Agramonte, Francisco Ichaso, Gastón Baquero, Sergio Carbó y otros, el personaje en cuestión era realmente prescindible. Esta subestimación, unida al terror engendrado por el nuevo régimen, provocó el exilio sin retorno de muchos cubanos valiosísimos que vieron en el nuevo dictador una transitoria anomalía, extirpable a corto plazo. Nunca entendimos lo que nos pasó. Los vicios de la república terminaron por sofocar a las virtudes y Castro fue la metástasis de un cáncer que había comenzado con Batista, pero del que todos teníamos la culpa.

La República no fracasó. Fuimos nosotros quienes la desatendimos en el aciago ejercicio de querer tener a la razón de nuestro lado, cuando la razón social es una llama tenue que no obedece al individuo y que apenas alumbraba en la oscura sinrazón de la historia. Castro, encarnación y cuerpo de nuestros vicios, fue en contra de la historia de una nación que ya era libre para instaurar una ideocracia totalitaria y arcaica, a años luz de la moderna democracia que algún día intentamos y que dejamos

escapar. A grandes saltos el castrismo se convirtió a la estratocracia soviética y al militarismo, hasta llegar al estado policiaco que es en la actualidad. Pero la República, escindida, dispersa, resurrecta, sigue latiendo con fuerza entre los intersticios que la nomenclatura no ha podido, aunque quisiera, controlar. Cuando el ciudadano de a pie se acuerda y acuerda con los otros dar cabida a la *res publica*, esto es, al asunto común a todos, la minoría autoritaria tiembla. Si, además, somos pacientes y aprendemos a mirar críticamente el entorno, podremos transformar nuestros mohosos vicios en renacientes virtudes: la pasividad en pacifismo, el desgano en protesta, la vagancia en cabestro para el trabajo desmedido, el conformismo en mesura, el populismo en democracia, el socialismo asocial en fraternidad, el caudillismo en liderazgo real y efectivo. Ocupémonos ya de estas tareas, reconstrucción y enmienda de un proyecto que no ha dejado de ser y por el que muchos cubanos seguimos festejando, aun cuando advertimos el difícil camino que nos queda.

(*La Hora de Cuba*, 20 de mayo de 2023)

Romeo y Julieta como pretexto

“El texto no es teatro”, me dijo hace algún tiempo un reputado director-dramaturgo. Sin quitarle razón, temeroso de ofenderle en su templo eugeniobarbista, entre la *mezzo voce* y el susurro espeté el nombre maldito: “Shakespeare”. La cara del teatrista se contrajo en un rictus ridículo, similar a uno de sus personajes en escena, para soltar aquello de que “Shakespeare tampoco es teatro”. Varias lluvias, apagones, coyunturas y sequías después, otro creador, con otra visión y otro templo teatral, se atreve a hacer lo que en el mundo no ha dejado de ser costumbre: representar al bardo de Avon, adaptarlo en tiempo y espacio, fundir el texto en el contexto difícil de cada sociedad. Así las cosas, este 8 de junio de 2023 los camagüeyanos asistimos al estreno de *Romeo y Julieta.cu*, la nueva obra que Teatro del Viento y su director, Freddys Núñez Estenoz, nos propone como bálsamo y desafío.

Camagüey no es Londres, El Viento no es El Globo, Freddys no es Shakespeare, pero una obra que aspire a la categoría de universal tiene que probarse así, en la conciliación de unas diferencias que parecían abismales hasta el momento prodigioso de las tablas. Si la de *Romeo y Julieta* era una leyenda popular veronesa que el dramaturgo inglés convirtió en un tratado de amor, la represen-

tación que vimos este jueves invierte el propósito shakespeariano: hay que entrar por el amor en lo profundo de nuestros padecimientos. La herida que nos muestra en esta ocasión *El Viento* es la de un malestar social que nos incumbe a todos: la violencia. En una representación que desdeña el crimen —las escenas de peleas son narradas, la muerte de los amantes es un lírico juego de títeres— los actores, y el propio director, se deshacen de las máscaras para acercarse al proscenio en una audacia envidiable para cualquier comunicador honesto: la enunciación de horribles crímenes cometidos en Cuba en los últimos años.

Una exposición exacta, documental, extraída de las páginas de la prensa independiente cubana, derrumba la cuarta pared, la que separa a los personajes del público, para dejarnos desnudos ante una evidencia que nos identifica como víctimas, pero también como cómplices o culpables. Más de una exclamación de asombro y de dolor se percibió en el lunetario, mientras la joven actriz que hacía las delicias de Julieta nos hablaba de feminicidio, de ley integral contra la violencia de género, de fechas, nombres y asesinatos impunes. Si usted se quedó impávido, si sintió por vez primera la incomodidad de tan atroz información, sepa que es la realidad la que debería incomodarle e informarle de lo que como ciudadano tiene el deber de conocer y corregir. Una Julieta que agradecemos afectuosa y brillante nos lo dice a la cara, porque

lo hace desde la única tribuna que debiera juzgar-nos: la del amor.

El amor se permite la pequeña violencia de gritarnos que estamos malditos en este .cu que tiene más de una orilla. Los cubanos de aquí o allá somos el engendro de un acto violento que nos separó, sin más razón que, como en los peores crímenes, el mezquino poder de la violencia. Por si alguien no vio la analogía, se la digo: Julieta es Cuba, una Cuba nueva que ama y sueña, que dejó de ser nodriza para afirmarse y afirmarnos en un poder real, que reclama con todo derecho la sanación posible. En este pueblo en el que ahora pasan cosas, la vida puede ser la fiesta innombrable que quería el poeta, pero hay que asumirla con responsabilidad y compromiso. *Romeo y Julieta.cu* es el pretexto perfecto para ese acto de justicia que ojalá sea nuestro destino. Para empezar, como pidieron los actores del Viento anoche, y con ellos muchos de nosotros: “ES HORA DE QUE LA JUSTICIA SE OCUPE DE LO QUE VERDADERAMENTE IMPORTA”.

(La Hora de Cuba, 10 de junio de 2023)

Del autor

Mario Ramírez Méndez (Camagüey, Cuba, 1994). Poeta, editor y periodista independiente. Graduado de Ingeniería en Telecomunicaciones y Electrónica por la Universidad Central de Las Villas, en 2018. Autor de los libros de poemas *Corolarios* (Ediciones Homagno, Miami, 2019) y *Los días* (Ediciones Homagno, Miami, 2022) y de la investigación *Un cuarto de siglo con Martí. La Peña del Júcaro 1995-2020* (Edición conjunta Homagno-Grupo Ánima). Coordina la colección independiente Ediciones Memoria. Es editor en Homagno y del medio *La Hora de Cuba*.

